

CAPÍTULO VIII

LA TESIS DE PULACAYO

1 SU SIGNIFICADO

El documento sindical-político titulado "Tesis Central de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia", más comúnmente conocido con el nombre de "Tesis de Pulacayo", constituye la biblia del movimiento obrero del país. Su importancia arranca de haber elevado a la altura de la enunciación programática las tendencias revolucionarias inconscientes que se agitaban y agitan en el seno de las masas explotadas. Elaborada y aprobada como plataforma sindical bien pronto irrumpe en el escenario político y se convierte en una de las vigas maestras de la actuación diaria de los sectores que cotidianamente se oponen a la rosca y sus epígonos. Esto es un hecho extraño, pues lo corriente es que las proposiciones políticas (el "Manifiesto Comunista", por ejemplo) se apoderen de la actividad gremial. La explicación tiene que buscarse en el hecho de que liga subordina la lucha por las reivindicaciones inmediatas (condiciones de vida y de trabajo) a las tareas históricas del proletariado (destrucción de la sociedad capitalista), que es uno de sus méritos indiscutibles. Parte de una amplia concepción política de los problemas sindicales y su finalidad no era otra que colocar a una clase social contra otra: al proletariado, convertido en caudillo del pueblo boliviano, contra la rosca usurpadora del poder. Los documentos sindicales que hasta fines de 1946 vieron la luz pública se confundían con las posturas obreristas adoptadas por partidos que nada tenían que ver con los trabajadores. La Tesis de Pulacayo señala el camino de una clara y consecuente conducta revolucionaria y por eso se diferencia de toda posible declamación demagógica.

Los obreros comienzan a luchar impulsados por necesidades inmediatas y diarias, que tienen relación con sus condiciones de vida y de trabajo (aumento de salarios, duración de la jornada de trabajo, vivienda, seguridad industrial, salubridad, etc). En ellas se basan los intereses inmediatos de la clase y su logro. Su empeño, por muy atrevido que sea, no puede, por sí solo, traducirse en la liberación del asalariado. Lo más que hace es permitir la explotación de los trabajadores en condiciones tales que no importen su destrucción física. La legislación social (que, como parte del derecho, no es más que la voluntad de la clase dominante convertida en ley) da respuesta únicamente a las cuestiones emergentes de este tipo de intereses y, por esto mismo, su total y fiel ejecución está lejos de consumir la emancipación de la clase explotada. La limitación de la lucha diaria a los intereses puramente inmediatos caracteriza al economismo o tradeunionismo (que entre nosotros se llama sindicalismo puro o apolítico) y que corresponde a la etapa en la que la clase no tiene aún la suficiente conciencia de su situación, de su fuerza y menos del camino que debe recorrer para poder emanciparse. Con todo, entre lo consciente y lo inconsciente no hay un abismo infranqueable, sino que se trata de diversos momentos de un mismo proceso.

Cuando se habla sólo de los intereses inmediatos, todas las tendencias políticas pueden ponerse de acuerdo (esta es la base que explica y justifica la existencia de los diversos frentes sindicales). Desde la izquierda marxista hasta la iglesia, pasando por los partidos tradicionales, pueden convenir en la necesidad impostergable de un aumento de salarios, de un trato más humano a los esclavos modernos o del respeto a las prerrogativas sindicales (fueron, no ingerencia de la autoridades en la vida gremial, etc). Un sensible mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo no es todavía el socialismo y ni siquiera constituye un vigoroso ataque al régimen capitalista. No es sino parte del programa de preservación de los trabajadores, a fin de que mañana continúen siendo explotados por los monopolizadores de los medios de producción. La derecha del movimiento obrero que sale en defensa de las conquistas consagradas por la legislación social está defendiendo, en último término, la integridad física de su clase.

La burguesía como clase (representada por el Estado) puede chocar y lo hace con mucha frecuencia, con los intereses de los explotadores particulares, que no tienen más mira que la mayor ganancia posible. Esto se constata en el caso de las fricciones que se observan alrededor del cumplimiento estricto de la legislación social, exigido por el gobierno más democrático. Sería tonto sostener, por ejemplo, que el falangista que sale en defensa del Código del Trabajo (y lo hace en tono histérico e hiriente para impresionar más), es decir, que asume una actitud "obrerista", se convierte inesperadamente en

revolucionario. Lo que está haciendo es defender, de una manera consciente, los intereses generales de los explotadores. El ocasional "obrerismo" de los derechistas no es revolucionario sino conservador, porque, lejos de desembocar en la transformación social, se encamina a poner en salvo los fundamentos capitalistas de la sociedad. Tampoco es radical, pues rehuye buscar la raíz del problema: la persistencia del régimen del salario.

Los revolucionarios no menosprecian la lucha por los intereses inmediatos. Ocupan dentro de ella los puestos de avanzada; pero, parten de la certidumbre de que esos intereses no deben ser considerados como un fin en sí mismos, sino como el puente que conduzca a la lucha por el poder, vale decir, a la liberación total de la clase. Ni aún tratándose de la lucha por mejores salarios son idénticas las perspectivas de la derecha y de la izquierda marxista: sus objetivos estratégicos (finalidad buscada a través de la lucha diaria) son diferentes y hasta opuestos.

El proletariado no solamente limita su actividad a la lucha cotidiana por mejores salarios, sino que, y esto debido al lugar que ocupa en el proceso social de la producción, tiene la misión de sepultar a la burguesía y a la desigualdad clasista. Los obreros de nuestra época no tienen más remedio, para poder libertarse, que libertar a todas las clases sociales explotadas, incluidos ellos mismos. Tal el rol histórico del proletariado dentro de la sociedad contemporánea. Estas tareas se convierten en necesidad que debe cumplirse inaplazablemente, debido al desarrollo del propio capitalismo. La destrucción del régimen burgués y de toda forma de opresión clasista constituyen los intereses históricos exclusivos del proletariado, que emergen del propio desarrollo de la sociedad y cuya materialización exige el tránsito obligado por el gobierno propio de la clase obrera. Un partido es revolucionario únicamente cuando expresa los intereses históricos del proletariado y que pueden sintetizarse como la necesidad histórica de destruir el régimen burgués. La derecha proburguesa en su integridad (incluidos Falange Socialista Boliviana y el Partido Demócrata Cristiano) ignora estos intereses y hasta los combate. Se puede decir que los intereses históricos del proletariado constituyen su finalidad última o su meta estratégica. La lucha y el programa revolucionarios no tienen más objetivo que quedar expresados conscientemente a los intereses históricos de la clase obrera ¹.

Generalizar la lucha económica iniciada alrededor de los intereses inmediatos, de manera que levante a toda la clase desposeída contra la burguesía, representada por el Estado, importa convertirla en política. "El movimiento político de la clase obrera tiene como objetivo, desde luego, la conquista del poder político por la clase obrera y para esto es naturalmente necesario que previamente se haya desarrollado hasta cierto punto una organización de la clase obrera surgida a su vez de las luchas económicas de la misma. Por otra parte, todo movimiento en que la clase obrera se presenta como clase en contra de las clases dominantes e intente imponérselas por presión exterior, es un movimiento político. Por ejemplo, la tentativa en una fábrica particular o aún en una industria particular, de obligar a los capitalistas a que establezcan una jornada de trabajo más corta, mediante huelgas, etc., es un movimiento puramente económico. En cambio el movimiento que se dirige a conquistar una ley de la jornada de ocho horas, etc., es un movimiento político, es decir, un movimiento de la clase, que tiene por objeto imponer sus intereses en forma general, en una forma que posee una fuerza social de compulsión general ².

La "Tesis de Pulacayo es seguramente el documento que más ha apasionado a los bolivianos. El mismo frente revolucionario se dividió entre sus defensores y sus impugnadores. Mucha gente ha reclamado indebidamente su paternidad y se ha gastado mucha tinta en el afán de refutarla o disminuirla. Sería pues tonto insinuar su intrascendencia y nadie puede dudar de que ha calado hondo en las masas. Sus consignas aparecen una y otra vez e inesperadamente, en el escenario de la lucha de clases, enarboladas por sectores aparentemente adormecidos de las masas. El político que la redactó no podía sospechar que estaba elaborando un mensaje revolucionario imperecedero que llegaría a sacudir las últimas fibras del país. Desde su aparición ha hecho un recorrido insospechado y se tiene la impresión de que, cobrando vida propia, fue abriendo nuevos senderos para la lucha revolucionaria. Ya dijo Rosa Luxemburgo: "Habent sua fata libelli" (Los libros tienen estrella).

Los intelectuales burgueses y también algunos "izquierdistas" desubicados sostienen que la "Tesis de Pulacayo" ha sido artificial, arbitraria y sorpresivamente impuesta a los mineros engañados e hipnotizados por la demagogia de los bolcheviques, que siempre fueron una insignificante minoría, etc. Así se pretendió

1.- Guillermo Lora: "Los intereses inmediatos e históricos de la clase obrera", en "Prensa", Oruro, septiembre de 1963.

2.- Marx-Engels: "correspondencia". Carta de Marx a Bolte. Buenos Aires, 1947.

refutar indirectamente y restar importancia al documento que ha soportado con mucha ventaja la prueba de los acontecimientos. Si hubiese sido cierta la impugnación es claro que habría pasado sin dejar la menor huella en el seno de los sindicatos y de la política, como ha ocurrido con muchos otros documentos programáticos. La experiencia enseña que no se puede imponer simplemente nada a los trabajadores; éstos tienen que madurar para aprehender una proposición política, que para poder concitar interés y pasión debe expresar algo que flota en el ambiente y que las mismas masas se ven urgidas de expresar porque es el resultado de su experiencia y de sus necesidades más sentidas y urgentes. Puede ser que los periodistas y los políticos profesionales hubiesen sido sorprendidos con la aparición de la Tesis, los obreros la recibieron con entusiasmo porque encontraban exteriorizadas en ella sus ansiedades y sus pensamientos. El aplauso franco no solamente de los mineros, sino de los mismos trabajadores de las ciudades, muchos de ellos analfabetos, era la expresión del repudio contra un gobierno oligárquico, que tenía vivo deseo de cancelar todas las conquistas sociales.

A lo largo de esta obra hemos visto cómo la clase obrera marchó lenta y persistentemente hacia una política independiente y sintió la necesidad de estructurar su propio partido. No se trata de una línea recta, sino más bien de un proceso contradictorio y lleno de altibajos. Hasta 1946 esa tendencia, la más importante del movimiento básico del país, no encontró su adecuada expresión ideológica; predominó en cierta manera la capitulación frente a la doctrina política enarbolada por las capas burguesas o pequeño-burguesas. La experiencia diaria lograda en la actividad sindical y la decepción frente a la conducta gubernamental de los diferentes partidos populares crearon las condiciones necesarias para que se consumase la emancipación programática del proletariado. Esta es la primera y gran significación de la Tesis de Pulacayo. Comienza pues retomando la más rancia tradición obrera, tradición que fue truncada por la Guerra del Chaco y totalmente ignorada por nuestros intelectuales. Los acontecimientos posteriores a 1943 no hicieron otra cosa que impulsar a los obreros a cobrar primacía en el juego político. La Tesis eleva estos hechos a su más alta expresión. Por otra parte, su aprobación estuvo precedida por una serie de actuaciones en el campo estrictamente sindical, antecedentes que son olvidados con frecuencia.

2 ANTECEDENTES

En Pulacayo llega a su elevada expresión la tendencia marxista revolucionaria, templada en su sistemática lucha contra el reformismo del stalinismo pirista, que, ya silenciosa o visiblemente, venía madurando en el seno de las masas. La creciente oposición obrera al sindicalismo dirigido desde el ministerio de Trabajo (expresada a través de la dirección gremial que muy tímidamente y esto para complacer a los trabajadores más despiertos, manifestaba su antimovimientismo) y al entreguismo y limitaciones del régimen RADEPA-MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario), cristaliza sus objetivos en varias de las resoluciones aprobadas, después de polémica violenta con los agentes del oficialismo, en el Tercer Congreso minero de Catavi-Llallagua, realizada en marzo de 1946. A los oportunistas que se habían desvinculado de las masas, les causó asombro constatar que los obreros mineros hablaban lengua marxista y planteaban sus reivindicaciones inmediatas de manera revolucionaria. La prensa al servicio de la gran minería y la controlada por los "izquierdistas" pequeño-burgueses se referían en todos los tonos a la intrascendencia de dicha reunión y a su descontento servilismo hacia los gobernantes. Sin embargo, pese a todas las predicciones de los campeones del "realismo socialista", en Catavi-Llallagua encontró expresión una promisoriosa oposición revolucionaria a un régimen que tenía una sola respuesta a toda exigencia obrera: "apretarse, aún más, los cinturones". Se habló por primera vez en un congreso obrero de las limitaciones orgánicas del nacionalismo y de la necesidad imperiosa de poner coto a las maniobras capitalistas que tienden a desvirtuar toda conquista social lograda. Por primera vez los obreros formulan un armónico plan de reivindicaciones transitorias y levantan como bandera de lucha la escala móvil de salarios y de horas de trabajo, el contrato colectivo, el control obrero de las empresas capitalistas, la independencia sindical, las bolsas prohuelga, etc. Impostura y maniobra argumentaban los filisteos izquierdistas. "Se llegó a la conclusión, mortificante para muchos, de que los que mejor expresan los sentimientos de los obreros avanzados eran los trotskystas. Monstruosidad infantil gritarán los alquilados a Roosevelt y Stalin. La prensa de la gran minería, que provocó escándalo al comentar las proposiciones de la oposición objetadas por el Congreso, complacida señaló que el villarroelismo era víctima de su propia obra. Poco tiempo después, esa misma prensa propagó la especie de que las conclusiones de Pulacayo, que, en lo esencial, son las mismas que las de Catavi, eran sólo una postura del MNR. Se puede estar de acuerdo con quienes sostienen que los grandes rotativos batieron palmas por la presencia de la oposición obrera en Catavi, pero es un deber de honestidad intelectual remarcar enérgicamente que el aplauso se

debía solamente a que ambos sectores partían del mismo punto: crítica del régimen imperante. Claro que la crítica obrera y la "rosquera" eran diferentes porque buscaban objetivos antagónicos. La gran minería peleaba y presionaba al gobierno buscando liquidar las conquistas sociales y creía firmemente que destruyendo a los gobernantes destruiría, al mismo tiempo, al movimiento obrero. La vanguardia proletaria exigía mejores condiciones de vida e inscribía en su bandera de combate reivindicaciones cada día más atrevidas, que amenazaban seriamente no sólo al gobierno del MNR, sino a todo el régimen capitalista de explotación"³.

¿Qué había ocurrido? ¿A qué se debía ese violento cambio de frente en las filas proletarias? Se iniciaba un vigoroso desplazamiento de masas hacia la izquierda. Los explotados ingresaban a un período de radicalización. Las consignas de ayer eran insuficientes para los trabajadores, que buscaban obstinadamente una nueva bandera. Punto culminante del proceso de radicalización fue, precisamente, la Tesis de Pulacayo.

El proceso de radicalización de las masas, cuyo síntoma inicial más importante fue el Congreso de Catavi-Llallagua, toma un nuevo curso a raíz del trágico derrocamiento del gobierno Villarroel el 21 de julio de 1946. Colocado entre dos fuegos (el movimiento obrero ascendente que pugnaba por imponer su propia batalla a los acontecimientos y a la gran minería que conspiraba porque sabía que estaban amenazados sus intereses) el gobierno Villarroel ofrecía bienestar y garantías tanto a explotados y explotadores. Los hechos políticos deben juzgarse no de acuerdo a las intenciones de los caudillos sino conforme a sus frutos. La situación política que explota el 21 de julio fue el producto de dos corrientes opuestas y momentáneamente coincidentes: por un lado el descontento popular agudizado por el encarecimiento del costo de vida y la sañuda persecución y, por otro, la disconformidad de la rosca ante un gobierno que buscaba su estabilidad y el apoyo del imperialismo como consecuencia de la agitación oficialista de las masas obreras y campesinas. A medida que se agudizaba la pugna básica entre el imperialismo y el proletariado, el gobierno RADEPA-MNR, típicamente pequeño burgués, adquiría caracteres bonapartistas, que parece ser el destino de los gobiernos populares no obreros en los países atrasados y que, para su misma supervivencia, están obligados, sino a expulsar, a exigir importantes concesiones al capitalismo foráneo. "Los gobiernos de países atrasados, es decir, coloniales o semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semibonapartista. Difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que los otros instauran una forma de gobierno cercana a la dictadura policíaco-militar"⁴.

Es indudable que el capital internacional y la masonería jugaron un papel decisivo en el levantamiento contrarrevolucionario de julio. Los canales creados por el stalinismo pirista permitieron que el descontento popular desembocase en el campo de la contrarrevolución. La lucha callejera permitió que el poder cayese en manos de los peores enemigos del pueblo, de los abogados de las grandes empresas, de los agentes del imperialismo y de connotados masones. Se había iniciado la restauración oligárquica. Los obreros, sobre todo mineros, intuyeron que el derrocamiento de Villarroel significaría la vuelta de la "rosca" al poder y, consiguientemente, la destrucción sistemática de todas las conquistas sociales logradas. Los trabajadores salieron a las calles, presionados por las circunstancias, a defender sus conquistas y a manifestar que ellos luchaban por un mundo mejor. Así Villarroel se convirtió en bandera revolucionaria. Los mineros al decir "Villarroel, Villarroel" perseguían la defensa de las posiciones que habían logrado. Es evidente que los deseos obreros se expresaban en un lenguaje imperfecto. El 21 de julio de 1946 da pues, un nuevo impulso al ascendente movimiento obrero que demuestra una intrepidez incomparable en la lucha.

El pacto minero-universitario, suscrito en julio de 1946 en la ciudad de Oruro, refleja el verdadero estado de ánimo de los trabajadores. Grandes asambleas de obreros exigen que como plataforma común se tome la aprobada en Catavi y se remarca la necesidad de luchar por la defensa de las conquistas sociales, por la formación del Frente Unico Proletario y por la independencia sindical. Los trabajadores realizan una franca política opositora a la Junta de Gobierno que sirve en forma descarada e incondicional los intereses reaccionarios de la feudal-burguesía.

En el salón de la Prefectura de Oruro estaban fingiendo solemnidad, los delegados de la Federación

3.- Guillermo Lora: "Defensa de la Tesis de Pulacayo". La Paz, 1948.

4.- León Trotsky: "La administración obrera en la industria nacionalizada". México, 1940.

Universitaria, entre ellos unos pocos trotskystas y los más militantes del PIR. Como un huracán ingresó la muchedumbre obrera. Venían trayendo el torvo y rotundo mensaje de sus compañeros: había que defender lo conquistado y decir al gobierno rosquero que los mineros lucharían sin descanso contra él. Los trabajadores lucían guardatojos y cartuchos de dinamita en los cinturones. Se dijeron apresuradamente algunas palabras y los intelectuales no tuvieron más remedio que suscribir un pacto en el que ellos únicamente ponían sus nombres. Los mineros habían impuesto su voluntad y lo aprobado en Catavi adquiría categoría de bandera de combate en las ciudades. Esta fue una dura lección para los universitarios, que tan apasionadamente habían secundado al gobierno salido del golpe contrarrevolucionario de julio. La pequeña influencia porista en los medios estudiantiles de Oruro preparó el terreno para este significativo acto. La trascendencia de este pacto (que se torna profético) radica en que, de manera indiscutible, los proletarios logran, en un momento álgido de la lucha, arrastrar detrás de sí a los intelectuales pequeño-burgueses.

Nadie ha mencionado hasta ahora (ni los críticos burgueses ni menos los "socialistas" que tanto empeño ponen en denigrar los documentos obreros) el pacto universitario-minero de julio de 1946 como el antecedente inmediato de la "Tesis de Pulacayo" y así se ha pasado por alto una de las premisas indispensables para comprenderla.

Para darse cuenta del espíritu que anima a la "Tesis de Pulacayo" es preciso señalar el momento histórico en el que nace. Hemos señalado que marca el punto culminante del ascenso revolucionario. Los mineros cuando ofrecen a los explotados un camino revolucionario se caracterizan por su incomparable atrevimiento en la lucha y la excesiva confianza en sí mismos. Incurren en notables y elementales errores de organización -muchos de ellos herencia del pasado-, que la debilidad del adversario de clase permite que pasen desapercibidos. Los mineros en esa etapa se creían capaces de todo: tomar el poder, ocupar las minas, realizar de inmediato la revolución proletaria, determinar el cambio de gobierno, etc, etc. La Tesis de Pulacayo contiene voces de orden indispensables para un ejército triunfante que resueltamente se acerca a la victoria final. Sería convertir en caricatura esas consignas el pretender utilizarlas en todo momento, cuando el ejército después de numerosas derrotas parciales, ha emprendido la retirada. Las consignas de Pulacayo buscaban canalizar la crisis revolucionaria hacia la conquista del poder. Tal función debía jugar, sobretudo, la ocupación de las minas; los obreros de las ciudades, inmediatamente lanzaron la consigna de ocupación de fábricas. Dicha consigna es esencialmente precaria. Los sindicatos obreros no pueden quedarse indefinidamente a la cabeza de las minas para explotarla pacíficamente dentro del orden burgués. Sostener este extremo sería sencillamente una tontería. Los ocupantes de las minas al poco tiempo, obligados por la propia lógica del movimiento ascendente y por las dificultades que crea la misma ocupación, se verían constreñidos a plantear seriamente la toma del poder político. Si tal extremo no se presenta por x o z razón, la ocupación de minas y fábricas concluiría en el más rotundo fracaso y se convertiría en fuente inagotable de desmoralización de los combatientes, pudiendo llegar a ser el punto de partida del movimiento de reflujo. La experiencia del movimiento internacional es elocuente al respecto. La ocupación de las minas se caracteriza -de ahí nace su diferencia de muchas otras consignas y su limitación temporal- porque su ejecución depende exclusivamente de los cuadros dirigentes y de las manos -permítasenos la expresión- de los trabajadores. No se trata de presionar a organismos o sectores de la clase enemiga, sino de que los obreros planteen ellos mismos puntales de apoyo que les permitan llegar al poder. Con lo dicho no queremos significar que tal debe ser, imprescindiblemente, el camino. hacia el poder, sino que, bajo determinadas circunstancias, pudo haber sido uno de los medios para llegar a tal fin. Ya hemos señalado que la ocupación de las minas está estrechamente subordinada a la cuestión del poder. No se la puede formular de manera aislada por encima de la historia. Cuando se presentaron síntomas inconfundibles de reacción hubo necesidad de completar las conclusiones de Pulacayo con otras necesarias en un período de retroceso. En Colquiri se dieron las consignas tendientes a evitar un completo desbande de las masas, defender lo conquistado, evitar que la reacción en marcha acabase con los cuadros obreros y superase las fallas organizativas, etc. En Colquiri se pensó que hacía falta una pequeña pausa para iniciar un nuevo empuje. Sin embargo, la crisis reaccionaria alcanzó caracteres mucho más alarmantes que los previstos en el IV Congreso Minero. En el plano histórico, la "Tesis de Pulacayo" encuentra su complementación necesaria en las resoluciones de Colquiri. Los mineros se movilizaron espontáneamente contra el nuevo régimen gubernamental y fue esta presión la que obligó a la dirección de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia a convocar a un congreso extraordinario para resolver la posición de los trabajadores dentro de la situación política creada por el cambio de gobierno. El cónclave se reunió en Pulacayo, cuyas riquísimas vetas permitieron, en un pasado no muy lejano, estructurar la poderosa empresa "Huanchaca de Bolivia" (controlada por capitales ingleses radicados en Chile y que de boliviana sólo ostentaba los nombres de Aniceto Arce y de

un cerro.

La bocamina (el socavón San León) está a la impresionante altura de 4.620 metros sobre el nivel del mar ⁵ y sus campamentos, que muestran las huellas de su pasado legendario, reptan con dificultad los escarpados flancos de la montaña metalífera, cuya imponente figura puede observarse de enormes distancias. Al pie de este ramal de la cordillera se extiende el salar de Uyuni, enorme planicie de reverberante blancura. Si la pampa es constantemente barrida por los vientos de aceradas púas, las altas cumbres dan la sensación de que cimbrasen bajo esa diabólica caricia. En ese incomparable escenario fue lanzado el mensaje boliviano de mayor trascendencia revolucionaria.

El proyecto de tesis fue presentado por la delegación de Siglo XX-Llallagua y su redacción corrió a cargo de Guillermo Lora. Estamos obligados a referirnos a las circunstancias en la que fue elaborada y a su autor y lo haremos en los límites estrictamente necesarios.

Lora era entonces un universitario y militante porista que puso todo de su parte para proletarizarse. Permanecía más tiempo en los distritos obreros, particularmente entre los mineros, que en la universidad, dedicado a organizar células partidistas y, por tanto, inmiscuido en la marcha de las organizaciones sindicales. No era, pues, un extraño a las inquietudes proletarias; contrariamente, desde varios años antes vivió la suerte de los mineros. Su nombre figura entre los confinados como emergencia de la huelga general y masacre de Catavi de 1942; cuando fue detenido en la estación ferroviaria de Oruro la Policía encontró en sus bolsillos la matriz de un manifiesto llamando a los trabajadores de las ciudades a secundar la huelga de los mineros. A fines de 1945 se convirtió en el portavoz de los obreros de Siglo XX en la Junta de Conciliación que se reunió en el salón municipal de Uncía (un recinto enorme, con roja alfombra, arañas de cristal de roca y enormes retratos de los próceres que inesperadamente pasaron por este pueblo de legendario pasado) para exigir el pago de prima y aguinaldo anuales en forma obligatoria. Este mismo tema, más tarde, lo desarrolló en el parlamento. Guillermo Lora no era ciertamente un obrero, sino un intelectual que descendió de su pedestal y de las bibliotecas polvorientas para confundirse con los explotados y para aprender a expresar, en la mejor forma posible, sus más sentidas necesidades y el grandioso destino que les esperaba.

La "Tesis de Pulacayo" no fue llevada íntegramente elaborada y retocada de algún cenáculo de estudiosos de la ciudad a las minas, como parecen creer algunos "investigadores". No. El POR, que ya había penetrado vigorosamente en el campo obrero, llegó a la conclusión de que era necesario dotar a la organización sindical más poderosa de un documento programático, que permitiese a todo el movimiento revolucionario dar un paso hacia adelante. Tal era la tendencia predominante ya a fines de 1945. La Tesis fue pensada y elaborada en Siglo XX, el laboratorio ideológico de mayor trascendencia, partiendo de la experiencia vivida por los hombres humildes (pero no insignificantes) de los socavones. Lo fundamental radica en que nació como un retazo de la clase oprimida, como lo más elevado de su pensamiento tan difícil e imperfectamente expresado. Esto es lo que cuenta, lo demás es secundario aunque no superfluo. Su autor ha puesto mucho de su ideología (que ese momento se ajustaba perfectamente a la evolución que se estaba operando en las filas sindicales), de sus pocas virtudes y de sus grandes defectos. Ha quedado en pie el documento como bandera de las masas irredentas, en cierta manera despersonalizado y no se exagera si se dice que es, en realidad obra de la clase en su conjunto. Con todo, para Lora sigue siendo su obra maestra, a pesar de todo lo que ha escrito, dicho y hecho.

Seguramente extrañará que se diga que su aprobación exigió eliminar el obstáculo que significaba Lechín ya entonces para el libre desarrollo de las ideas revolucionarias. Con anterioridad, se había dado modos para hacer desaparecer el documento central del Tercer Congreso de Catavi. Su conducta resultaba explicable en cierta medida: no se había emancipado completamente de su pasado movimientista y su preocupación central no era otra que encontrar algún medio que le permitiese sellar un acuerdo con el nuevo gobierno, por esto veía con desconfianza todo planteamiento radical. El proyecto de tesis fue presentado a espaldas del Secretario Ejecutivo de la FSTMB, tan interesado en demostrar que su voluntad era omnímoda en las filas obreras y después de un cuidado trabajo conspirativo. Su apoyo y defensa estuvo encomendado a un círculo de iniciados formado por los delegados de Siglo XX y por algunos otros afines al trotskismo. La sorpresiva aparición contribuyó en mucho para su rápida aprobación. Las discusiones giraron alrededor de cuestiones secundarias o sobre si era o no oportuno lanzarla a publicidad.

5.- "Centro de Estudios de Potosí", "Monografía del Departamento de Potosí". Potosí, 1892.

3 CONTENIDO DE LA TESIS

A continuación ofrecemos las grandes líneas rectoras del documento programático central de los mineros:

La Tesis en su integridad no abarca más de veinte páginas de formato treinta y dos y está dividida en once capítulos ⁶. Comienza presentando una introducción con el título de "Fundamentos" y que está destinada a proporcionar una caracterización, si se quiere sociológica, del país. Las proposiciones del documento en ningún momento dejan de ser polémicas. La izquierda, representada por los intelectuales stalinistas, se complacía en subrayar la naturaleza feudal de la realidad nacional, para así justificar la teoría de que Bolivia ha madurado únicamente para la revolución democrático-burguesa (vale decir burguesa a secas), en la que la dirección corresponde por derecho propio a la burguesía o a la intelectualidad de la clase media. Es a este extremo que el documento minero responde con toda claridad:

"Bolivia es un país capitalista atrasado. Dentro de la amalgama de los más diversos estadios de evolución económica, predomina cualitativamente la explotación capitalista y las otras formaciones económico-sociales constituyen herencia de nuestro pasado histórico. Bolivia, a pesar de ser un país atrasado, sólo es un eslabón de la cadena capitalista mundial. La particularidades nacionales representan en sí una combinación de los rasgos fundamentales de la economía mundial".

En ese breve capítulo se encuentra la particular mecánica de las clases sociales dentro del proceso revolucionario boliviano. Las tareas burguesas no cumplidas (liquidación de las formas económico-sociales precapitalistas) definen la actitud del proletariado y de las otras clases frente al problema de cómo superar el atraso del país para que pueda ingresar francamente a la vía de la civilización. Como quiera que se ve obligado a asimilar apresuradamente la última palabra del capitalismo internacional, marcha a saltos, acortando las etapas y presenta un carácter combinado en su desarrollo. Los primeros pasos del desenvolvimiento de la humanidad coexisten (o superviven) al lado de las formas más adelantadas de la sociedad burguesa. Ante la caducidad de la feudal-burguesía y a su incapacidad política para cumplir sus propias tareas; frente a la tremenda dispersión y atraso de la vasta masa campesina y de la imposibilidad de que la pequeña burguesía desarrolle una consecuente conducta de independencia clasista, el proletariado debe necesariamente cumplir los objetivos demo-burgueses, cumplimiento que se convierte en el precedente necesario para el paso a la estructuración del socialismo.

La conclusión política del anterior análisis surge por sí misma: "El proletariado, aún en Bolivia, constituye la clase social revolucionaria por excelencia". Los trabajadores mineros son presentados como la vanguardia de todo el país. La anterior declaración debe entenderse en el mismo sentido en que plantea el problema el "Manifiesto comunista". La clase obrera es consecuentemente revolucionaria porque tiende a sepultar al régimen imperante y a sustituirlo por el socialismo, esto porque no tiene ligazones con el pasado y nada que defender en el capitalismo. Las otras clases, cuyo concurso es imprescindible en la lucha diaria, pueden asumir actitudes revolucionarias, toda vez que el poder gubernamental pone en peligro sus intereses, lo que no supone que saquen las últimas consecuencias de esa lucha; contrariamente se caracterizan porque siempre se detienen en medio camino, allí donde consideran que sus objetivos inmediatos están cumplidos o cuando creen que la alianza con el enemigo de ayer puede reportarles algún beneficio.

El capítulo segundo está dedicado a señalar el tipo de revolución que debe realizarse en este país atrasado. La claridad no solamente de las ideas sino la manera en que son expuestas significan un paso adelante con referencia a los mismos documentos del Partido Obrero Revolucionario, que hasta entonces mostraban un lamentable confucionismo. Unas veces capitulaban ante la idea stalinista de la revolución democrática burguesa, considerada como un período histórico independiente de la transformación socialista y separada de ésta por toda una etapa histórica. A veces se planteaba simplemente la inmediata y pura revolución socialista.

Lo dicho por la Tesis a este respecto puede resumirse del modo siguiente: las tareas democráticas, al

6.- "Programa Obrero", introducción de G. Lora, 1959. Contiene la versión de la "Tesis de Pulacayo" según las actas del Congreso Extraordinario de la F. S. T. M. B.

ser plenamente cumplidas por el proletariado desde el poder, se transformarán, en cierto momento, en socialistas. Este planteamiento supone que si la clase obrera no llega al poder no podrá superarse el atraso del país y menos cumplirse plenamente las tareas democráticas; en resumen, no podrá llegar la democracia para la mayoría de la población. La minoría proletaria, para conseguir la victoria y conservarla, debe, obligadamente, arrastrar detrás de sí al grueso de las masas, particularmente a los campesinos. "La revolución proletaria en Bolivia no quiere decir excluir a las otras capas explotadas de la nación, sino en alianza revolucionaria del proletariado con los campesinos, los artesanos y otros sectores de la pequeña burguesía ciudadana. La dictadura del proletariado es una proyección estatal de dicha alianza. La consigna de revolución y dictadura proletarias pone en claro el hecho de que será la clase trabajadora el núcleo director de dicha transformación y de dicho Estado. Lo contrario, sostener que la revolución democrático-burguesa, por ser tal, será realizada por sectores "progresistas" de la burguesía y que el futuro Estado se encarnará en un gobierno de unidad y concordia nacionales, pone de manifiesto la intención firme de estrangular al movimiento revolucionario en el marco de la democracia burguesa. Los trabajadores una vez en el poder no podrán detenerse indefinidamente en los límites demo-burgueses y se verán obligados, cada día en mayor medida, a dar cortes siempre más profundos en el régimen de la propiedad privada, de este modo la revolución adquirirá carácter permanente."

A lo largo de la "Tesis de Pulacayo" se descubre la teoría de la revolución permanente, que para los trotskistas es el verdadero marxismo. Por primera vez en la historia boliviana la ortodoxia doctrinal se volcó íntegra en un pronunciamiento sindical. Este solo hecho era suficiente para sacar de quicio a todos los adversarios políticos de los que arengaron desde la alta tribuna minera su verdad. La revolución permanente deben entenderse, ya dijo Trotsky en 1905, como la transformación de la revolución burguesa en socialista. Esta teoría es, pues, la teoría de la transformación y no la del saldo de la democracia al socialismo ⁷.

Hasta entonces, como se ha constatado reiteradamente más arriba, el movimiento obrero no había podido liberarse del colaboracionismo clasista, que contribuía a obstaculizar la emancipación ideológica de las masas y concluía conduciéndolas a la barricada reaccionaria. El fundamento último del colaboracionismo radica en la creencia de que obreros y empresarios están igualmente interesados en la mayor productividad, pues se supone que de ella depende el bienestar de ambos sectores. El Estado no sería más que el árbitro ideal para dar a cada uno la parte que les corresponde en ese todo armonioso. Es contra estas ideas, antiobreras en último término, que apasionadamente se lanza la "Tesis de Pulacayo". Al colaboracionismo opone la intransigente lucha de clases. Descubre la esencia burguesa del arbitraje obligatorio y opone la consigna de que los conflictos laborales deben ser resueltos por los mismos trabajadores, es decir, propugna la preeminencia de la acción directa a todo sometimiento al ordenamiento jurídico imperante.

"La lucha de clases es, en último término, la lucha por la apropiación de la plusvalía ... No podemos cerrar los ojos ante la evidencia de que la lucha contra los patronos es una lucha a muerte, porque en esa lucha se juega el destino de la propiedad privada. No reconocemos, contrariamente a nuestros enemigos, tregua en la lucha de clases ... Sofisma estúpido de los colaboracionistas que sostienen que no debe irse a destruir a los ricos, sino a convertir a los pobres en ricos. Nuestro objetivo es la expropiación de los expropiadores". La última frase ha sido textualmente tomada de Carlos Marx, que llega a esa conclusión en "El Capital".

"Todo intento de colaboración con nuestros verdugos, todo intento de concesión al enemigo en nuestra lucha es nada menos que una entrega de los trabajadores a la burguesía. La colaboración de clases quiere decir renunciamento a nuestros objetivos.

"Rechazamos la ilusión pequeño-burguesa de solucionar el problema obrero dejándolo en manos del Estado o de otras instituciones que tienen la esperanza de pasar por organismos equidistantes de las clases sociales en lucha. Tal solución, enseña la historia del movimiento nacional e internacional, ha significado siempre una solución de acuerdo con los intereses del capitalismo... El arbitraje y la reglamentación legal de los medios de lucha de los trabajadores es, en la generalidad de los casos, el comienzo de la derrota. En lo posible trabajemos por destrozar el arbitraje obligatorio. ¡Que los conflictos sean resueltos bajo la dirección de los trabajadores y por ellos mismos!"

La lucha contra la gran minería era enunciada como la lucha contra el capital financiero internacional,

7.- León Trotsky, "La Revolución Permanente". La Paz, 1959. "1905", París, 1923. G. Lora, "Vigencia de la Tesis de Pulacayo", La Paz, 1959.

es decir, contra el imperialismo, condición previa para la radical transformación del país, para su industrialización y para el desarrollo de la agricultura.

La "Tesis de Pulacayo" (Capítulo VI) define a los mineros en franca oposición al régimen estructurado después del golpe contrarrevolucionario del 21 de julio.

Aprovechando la experiencia de 1936, año en el que aparecieron los ministros "obreros" como simple adorno de gobiernos antiobreros, la Tesis señala que éstos "no cambian la estructura de los gobiernos burgueses. Mientras el Estado defiende a la sociedad capitalista, los ministros "obreros" se convierten en vulgares proxenetas de la burguesía. El obrero que tiene la debilidad de cambiar su puesto de lucha en las filas revolucionarias por una cartera ministerial burguesa, pasa a las filas de la traición. La burguesía idea a los ministros "obreros" para poder engañar mejor a los trabajadores, para conseguir que los explotados abandonen sus propios métodos de lucha y se entreguen en cuerpo y alma a la tutela del ministro "obrero".

Muchos vivían encandilados porque el mecánico Alcoba hubiese llegado hasta el Ministerio del Trabajo y porque el P.I.R. (para algunos la encarnación del socialismo) hubiese sido incluido en el gabinete de unidad nacional. Descubrieron que este camino podría conducir a la materialización de los sueños y del programa marxistas. Estaban seguros que bastaba añadirle al gobierno rosquero el adjetivo de "socialista". La vehemente diatriba de la "Tesis de Pulacayo" puso las cosas en su lugar y dio un instrumento a los trabajadores para combatir con eficacia al stalinismo colaboracionista. Los adornos "obreristas", por muy importantes que fuesen, no eran capaces de modificar la esencia clasista de un régimen. Los obreros únicamente podían llegar al poder mediante su propio partido, es decir, el partido de la clase obrera. Más tarde, durante el período movimientista hubo necesidad de aplicar el mismo criterio frente a la impostura del cogobierno M.N.R.-Central Obrera Boliviana.

En los acápite dedicados a las reivindicaciones transitorias se repite lo acordado en el Congreso de Catavi, introduciéndose, sin embargo, algunas novedades: ocupación de minas, central obrera, armamento de los trabajadores, etc.

Una de las mayores innovaciones radica en la concepción de las reivindicaciones transitorias y que ha sido tomada del programa de transición de la Cuarta Internacional redactado por Trotsky⁸. Se parte de la urgencia de luchar por la satisfacción de las necesidades inmediatas de la clase obrera, pero no considerada como una finalidad en sí, sino simplemente como el puente que permita a las masas movilizarse hacia la lucha por el poder político, es decir, por la materialización de la estrategia revolucionaria. De esta manera desaparece la separación entre las reivindicaciones inmediatas y las finales, como ocurría en los programas de la socialdemocracia (el programa mínimo era lo único tangible porque las declaraciones acerca de una sociedad sin clases, a realizarse en un futuro indefinido, pasaban a la categoría de una declamación intrascendente), para introducirla dinámica de la lucha diaria entre ambos extremos. "Es preciso ayudar a la masa, en el proceso de la lucha cotidiana, a encontrar el puente entre sus reivindicaciones actuales y el programa de la revolución socialista. Este puente debe consistir en un sistema de reivindicaciones transitorias, partiendo de las condiciones actuales y de la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera y conduciendo invariablemente a una sola y misma.

La experiencia anterior y también posterior a 1946, enseña que la patronal, representada por el Estado, manipulaba la moneda (a fin de disminuir su poder de compra) para desvirtuar los aumentos de salarios logrados después de huelgas, masacres y una enconada lucha. Como respuesta, el Congreso de Pulacayo lanzó la consigna de la escala móvil de salarios con referencia a la elevación del costo de vida. Partiendo de un salario básico vital ("El estudio científico de las necesidades de la familia obrera debe servir de base para la fijación del salario básico vital, es decir, del salario que permita a esa familia llevar una existencia que pueda llamarse humana"), se lo irá aumentando en la misma proporción en que se eleva el costo de vida. Esta consigna ha vuelto a aparecer una y otra vez y los empresarios han querido desvirtuarla convirtiéndola en una escala que se mueva con el aumento de la producción, pero, por falta de una debida comprensión del problema, la lucha no ha sido coronada hasta ahora por la victoria. En relación directa con este problema se formuló la supresión de toda forma de trabajo a destajo ("contrato"), por suponer una inhumana explotación del obrero gracias a la utilización del anzuelo de los incentivos económicos. Esta conclusión no ha sido del todo comprendida por las ramas más amplias y más explotadas de

8.- "La agonía mortal del capitalismo y las tareas de la Cuarta Internacional. Tesis del Congreso -le Fundación". Buenos Aires, 1941.

los trabajadores. Imperando remuneraciones sumamente bajas, el trabajo a destajo puede resultar beneficioso por un momento, a pesar de que importa un esfuerzo más allá de lo normal. Si se establece el salario vital, complementado por la escala móvil, lo que más interesa a los obreros, es eliminar todas las modalidades que signifiquen una superexplotación.

Los sindicatos de muchos países han inscrito en su bandera de combate la sistemática disminución de las horas de trabajo. En Pulacayo se planteó la lucha por el establecimiento de la jornada de 40 horas, reivindicación modestísima si se considera que en otras partes dicho objetivo ha sido señalado en 36 horas. No es ya materia de discusión que, tratándose de la naturaleza del trabajo en las minas, la jornada debe ser menos que en el resto de la industria. Siguiendo el programa de transición de Trotsky, se complementaba dicha consigna con la escala móvil de horas de trabajo; con relación al número de desocupados. Lo dicho el año 1946 sigue teniendo plena vigencia ahora.

La legislación boliviana habla del contrato colectivo de una manera tal que ha resultado impracticable. El enfrentamiento del obrero aislado a la potencia patronal no puede menos que resultar perjudicial y contraproducente. El Sindicato puede en cierta manera suplir la debilidad del trabajador como individuo. Para que esto sea posible el contrato colectivo debe volverse la única forma posible de relación obrero-patronal. Ese sentido tiene en la "Tesis de Pulacayo" el llamamiento a luchar por la vigencia del contrato colectivo. "A los capitalistas organizados que obran de común acuerdo para extorsionar al obrero mediante el contrato individual, opongamos el contrato colectivo de los trabajadores organizados en los sindicatos".

La Tesis habla de independencia sindical (inciso cinco del capítulo VII) no en el sentido de "apoliticismo", como parecen entender algunos. En Pulacayo los objetivos estrechamente tradeunionistas se elevaron y fundieron con las aspiraciones políticas de toda la clase obrera. De lo que se trata es de que los trabajadores se emancipen del control ideológico y político que sobre ellos ejercitan los partidos políticos de las otras clases sociales. Siguiendo esta línea -y solamente ésta- puede el proletariado construir su propio partido político y cumplir su misión histórica: luchar por el control del poder estatal. En esa época el peligro era, más que el apoliticismo, la poderosa influencia ejercitada por el gobierno restaurador de los privilegios de la oligarquía a través de su quinta columna pirista. La C.S.T.B. (central stalinista) no era más que una agencia gubernamental en el campo obrero. No podemos confiar en organizaciones que tienen su secretaría permanente en el Ministerio del Trabajo y envían a sus miembros a realizar propaganda gubernamental. La F.S.T.M.B. tiene absoluta independencia con relación a los sectores burgueses, al reformismo de izquierda y al gobierno. Realiza una política sindical revolucionaria y denuncia como traición toda componenda con la burguesía o con el gobierno".

Desde las postrimerías del gobierno Villarroel, la gran minería hablaba todos los días de sus enormes pérdidas y de la urgencia de paralizar la actividad de sus empresas. Como se demostró después, esa hipócrita campaña no tenía otra finalidad que la de preparar el terreno para un despido masivo de obreros, que les permitiese implantar el sistema de las listas negras, acelerar el ritmo de trabajo y disminuir los salarios. Esta ofensiva patronal contaba, como también han puesto en evidencia los acontecimientos posteriores, con la benevolencia del gobierno, que no en vano era la criatura del superestado minero. El vigoroso empuje de las masas debe ser considerado como una de las consecuencias de la conducta intransigente de las grandes empresas. Todo pedido de aumento de salarios o de mejora de las condiciones de trabajo era invariablemente respondido con la amenaza del cierre de las minas. Se publicaban datos estadísticos demostrando una enorme elevación de los costos de producción y las óptimas condiciones de vida de los mineros. Las autoridades gubernamentales no deseaban investigar la veracidad de semejantes despropósitos. Es por esto que se dijo en Pulacayo: "Las grandes empresas tienen el sistema de doble contabilidad. Una para exhibirla ante los obreros y pagar los impuestos al Estado y otra para establecer el monto de los dividendos. No podemos ceder en nuestras aspiraciones ante los guarismos fraudulentos de los libros de contabilidad".

En la misma época muchas organizaciones, desde el P.U.R.S. hasta el P.I.R., pasando por los grupos "socialistas" rosqueros de todos los matices, hablaban demagógicamente en sus programas y proclamas de la "nacionalización de las minas", como sinónimo de cierto control de las autoridades sobre las omnipotentes empresas mineras. Pedir al gobierno contrarrevolucionario del 21 de julio, proceda a nacionalizar las minas, como lo hacían ingenuos y bellacos, era sencillamente pedir peras al olmo y engañar al pueblo. Si la dirección sindical minera hubiese cometido el error de sumarse a los que peroraban sobre una nacionalización de minas de tipo burgués no hubiese hecho otra cosa que paralizar

el empuje de las masas y sembrar falsas ilusiones en su seno.

La "Tesis de Pulacayo" habla de la ocupación de las minas y que, en realidad, equivale a una nacionalización sin indemnización de ninguna clase y en la que los trabajadores tomarían en sus manos el destino de las minas (lo que tanto vale decir la nacionalización a la manera plebeya).

La importancia de la ocupación de las minas radicaba -como se ha dicho- en que la convertía en la palanca impulsora hacia el poder. La misma nacionalización en la que participe directamente la clase obrera plantea inmediatamente el problema de saber qué clase social es la que controla el aparato estatal. Cuando algunos burócratas sindicales pidieron al M.N.R. que les entregue mediante decreto, la administración integral de las empresas, saltó en toda su desnudez esta tesis.

Casi inmediatamente se puso en evidencia el enorme valor revolucionario del slogan aprobado en Pulacayo. Gran parte de la dirección de la F.S.T.M.B. que, en verdad, no tenía el menor interés de luchar por la captura del poder y buscaba únicamente conversar y pactar con los amos del momento, se dio modos para retroceder y hacer fracasar la consigna en el terreno de los hechos. A pesar de todo esto, los trabajadores y el pueblo todo se movilizaron conforme al espíritu de la Tesis y después de abril de 1952 salieron a las calles para imponer al pequeño burgués M.N.R. la nacionalización de la gran minería. Claro que este partido se dio modos para dar un contenido burgués a una proposición genuinamente revolucionaria y proletaria.

La sola publicidad de la consigna de la ocupación de las minas, hizo retroceder tanto a los patronos como al gobierno. Algunos críticos de izquierda pensaban que se trataba sólo de una consigna que no podría superar el plano de la agitación. Otros decían que no era más que una amenaza lanzada gracias a la situación de privilegio en que se encontraba el movimiento obrero. Una consigna atrevida fustigaba el rostro de la gran minería en franca retirada. En tales circunstancias no debía darse un solo minuto de tregua al enemigo. Es insensato dejar de atacar y permitir que el adversario busque un punto de apoyo y cobre aliento para resistir e iniciar la ofensiva. Sin embargo, se dio lugar a que la reacción pasara de la defensiva a la ofensiva. Los obreros entendían que las huelgas con ocupación de las minas tenían que realizarse en la lucha diaria y a tal finalidad se encaminaban resueltamente. Algunos dirigentes sindicales al sólo pensar en esa posibilidad sentían el miedo que produce lo desconocido y una gran responsabilidad. En pleno Congreso de Pulacayo se podía prever que casi inmediatamente la presión de los elementos de base por la toma de las minas sería fuerte y sólo podía ser contenida por la excesiva cobardía de algunos dirigentes, cobardía agravada por el hecho de que el gobierno declaró contrario a las leyes todo intento que se hiciese en ese sentido.

En Pulacayo se determinó que la única respuesta al aviso de reducción de personal dado por Hoshild era la ocupación de la mina "San José". Los elementos de base también lo entendían así y la F.S.T.M.B. Se había preparado para tal emergencia. La desorientación y la debilidad de la junta de Gobierno, sumadas al hecho de que las grandes empresas se batían en retirada eran factores que hubiesen podido determinar la eficacia, eran factores que hubiesen podido determinar la eficacia de la medida adoptada en Pulacayo. En el Congreso de Colquiri los delegados obreros declararon que fue un enorme error no tomar en dicha oportunidad "San José". Además, la solución dada al conflicto sacrificando los propios intereses estatales conduce a la misma conclusión. ¿Qué consecuencia hubiera tenido la ocupación? La ocupación de las minas no puede prolongarse indefinidamente, bien se propaga como medida general y que no puede menos que conducir a la toma del poder o los empresarios se someten a las exigencias obreras para recobrar su derecho de propiedad. Por los antecedentes anotados, podemos decir que el caso "San José" hubiera llegado al segundo extremo; con tal perspectiva se actuó. No se descarta la extrema agudización de la lucha obrero-patronal. Dos o tres dirigentes, entre ellos el Sr. Lechín, faltando pocas horas para proceder a la ocupación, retrocedieron en su determinación y acordaron dar un nuevo plazo al Ejecutivo. En tal forma se perdió una magnífica situación y sus consecuencias fueron enormes para el destino del movimiento obrero boliviano. El desaliento se apoderó no sólo de los obreros de "San José", sino de todo el país. La retirada de los trabajadores permitió que los empresarios cobraran bríos en la lucha que ya creían definitivamente perdida. No se debe olvidar que los mineros, aún dando un paso atrás, consiguieron materializar casi todas sus aspiraciones y firmaron un magnífico pliego de reivindicaciones que debía servir de base para la recontractación. Estos antecedentes nos demuestran la desesperación de la empresa. Si en "San José" no se claudica, se hubiese conseguido que la patronal retrocediese en gran medida y el descalabro de Oploca seguramente no se hubiese consumado.

Cuando se presentó el conflicto de Oploca, las condiciones habían variado en gran manera. Los continuos ataques que inició la clase explotadora demostraban que se había colocado en una situación privilegiada, situación que se apoyaba sobre todo en que el Ejecutivo había recobrado la confianza en si mismo. En Oploca ya no existían condiciones para ir a la toma de la mina, parte de los propios obreros de base lo comprendieron así. Este nuevo retroceso consolidó las posiciones que venía ganando constantemente la gran minería. Los mineros, dada su condición de clase y su experiencia diaria, han demostrado que supieron aprehender el espíritu de la "Tesis de Pulacayo" (fijar los hitos fundamentales en el camino de la toma del poder), aunque no hubiesen aprendido su texto y, por tanto, no están capacitados para recitar sus consignas. Estas penetraron en la subconciencia de las masas y salieron a flote en los momentos de mayor agudización del conflicto de clases. La altura alcanzada por la evolución de la conciencia clasista y la situación política determinaron la vigencia de la consigna de la ocupación de las minas. Si la vanguardia del proletariado hubiese tenido el acierto de llamar a los trabajadores a materializarla el 9 de abril de 1952, seguramente se hubiese acertado enormemente la amarga experiencia movimientista y la nacionalización no hubiese sido desvirtuada. A la fecha, ante la posibilidad de que se produzca un enfrentamiento armado entre fracciones del ejército o de éste con el pueblo; una salida de izquierda puede consistir en que los mineros comiencen ocupando las empresas en las que trabajan.

También en la "Tesis de Pulacayo" se habla del control obrero en el sentido de la autogestión de las empresas por parte de la clase obrera. Esta voz de orden gozó de mucho predicamento inmediatamente después del 9 de abril y fueron los trabajadores los que exigieron que la nacionalización se haga bajo control obrero. Los que deliberaron en Pulacayo y después la clase toda partían de la certeza de que control obrero significaba entregar una empresa a aquella, que al administrarla no tendría más remedio que crear organismos adecuados, pero todos ellos sometidos a la voluntad soberana de la asamblea obrera general. El M.N.R. es cierto que tomó el rótulo de la consigna y le dio un contenido contrario a la mentalidad revolucionaria de los mineros. La clase fue sustituida por el burócrata. Cuando los gobiernos movimientistas ejecutaron su viraje hacia la derecha se hizo patente la necesidad de luchar contra la deformación del control obrero y es entonces que grandes sectores de trabajadores se orientaron a entregar ese control a toda la clase y evitar los odiosos abusos que a su nombre venía cometiendo los burócratas.

La voz de orden de que los trabajadores debían armarse no es más que la consecuencia obligada y lógica de la línea maestra de la Tesis: aplastar a la clase dominante mediante la revolución. Se dijo algo importante al señalar quede lo que se trataba no era de fijar el detalle técnico de la operación, sino de crear una mentalidad adecuada para lograr ese objetivo. Primero los obreros debían saber por qué debían armarse, después ellos mismos sabrían encontrar los medios para materializar esa necesidad. "Toda huelga es el comienzo potencial de la guerra civil y a ella debemos ir debidamente armados. Nuestro objetivo es vencer y para ello no debemos olvidar que la burguesía cuenta con ejércitos, policías y bandas fascistas (esta es una referencia a F.S.B., G.L.). Nos corresponde, pues, organizar las primeras células del ejército proletario. Todos los sindicatos están obligados a formar piquetes armados con los elementos jóvenes y más combativos". Aquí debe buscarse el antecedente doctrinal de las futuras milicias obrero-campesinas, tan combatidas por el imperialismo y sus epígonos como por el mismo M.N.R. Lo que debe ponerse en claro es que los piquetes armados y el mismo ejército proletario eran concebidos como la fracción más combativa de la clase obrera, como los mismos trabajadores en armas y no como una banda de mercenarios a sueldo y al servicio de intereses extraños.

Una de las grandes fallas del sindicalismo boliviano y que contrasta con su gran evolución política, consiste en su debilidad organizativa y económica. Los obreros están seguros que las conquistas sociales no les serán obsequiadas por la clase dominante y que su materialización sólo puede lograrse si la clase es capaz de arrancarlas a la fuerza. Esto explica por qué se coloca en primer lugar la acción directa, particularmente la huelga, como método de lucha. En Bolivia el peor enemigo de la huelga es el tiempo, esto porque ninguna organización cuenta con los suficientes recursos económicos que le permitan alimentar a sus afiliados mientras dure el paro. Como respuesta a esta debilidad, se acordó en Pulacayo ir a la formación de bolsas pro-huelga. El no cumplimiento de este acuerdo, que debe atribuirse exclusivamente a la burocracia, ha determinado no pocos fracasos de los movimientos huelguísticos. En el pasado algunas organizaciones supieron afrontar con inteligencia este problema. La Liga de Empleados de Ferrocarril dio mucha importancia a las bolsas pro-huelga, esto en los años 20.

Se comprueba que el movimiento sindical ha logrado muy poco en materia de conquistas sociales después de 1946; lo que determina la actualidad de la plataforma de reivindicaciones inmediatas

propuesta en el Congreso de Pulacayo. Al revisarla encontramos un punto que merece ser superado. Se propugna la supresión de la pulpería barata, pero después de establecido el salario básico vital y luego de complementado con la escala móvil. Esto supone que el salario en especie deberla sumarse al pagado en moneda. Esta medida buscaba evitar que las empresas controlasen los movimientos huelguísticos a través del racionamiento de los alimentos. Posteriormente se ha intentado disminuir las remuneraciones estableciendo una inadecuada compensación en metálico a cambio de la supresión de los precios congelados en las pulperías. En este caso lo correcto es luchar por el mantenimiento de la pulpería barata y por el aumento de los cupos de alimentos por obrero.

El movimiento sindical del pasado mostraba una indiscutible inclinación hacia el legalismo y los líderes obreros sucumbieron, unos tras otros, ante la tentación del parlamento, que puede dar notoriedad personal pero no la liberación de la clase. El balance de toda la experiencia personal pero no la liberación de la clase. El balance de toda la experiencia anterior a 1946 demuestra que cuando el parlamentarismo se impuso, el movimiento revolucionario abandonó sus objetivos. Rectificando esta inconducta, en Pulacayo se llamó a los obreros a colocar en primer plano la acción directa de masas y a subordinar a ella el parlamentarismo.

Tenemos que preguntarnos: ¿La acción directa de masas preconizada por la "Tesis de Pulacayo" como base de la táctica sindical constituye una desviación anarco sindicalista? Al respecto se ha demostrado demasiada ignorancia sobre la verdadera significación de dicha táctica. La acción directa de masas no importa renuncia de la lucha política o de la acción parlamentaria, por ejemplo. Quiere decir que las conquistas obreras están directamente relacionadas con la presión revolucionaria de las masas. Al respecto la Internacional Comunista de Lenin y Trotsky en su Tercer Congreso decía:

*"La acción directa de las masas revolucionarias y de sus organizaciones contra el capital, constituye la base de la táctica sindical. Todas las conquistas de los obreros están en directa relación con la acción directa y la presión revolucionaria de las masas. En la expresión "acción directa", hay que comprender toda clase de presiones directas ejercidas por los obreros sobre los patrones y sobre el Estado, a saber: boicot, huelgas, acción en las calles, demostraciones, ocupación de fábricas, oposición violenta a la salida de los productos de esas empresas, sublevación armada y otros actos revolucionarios propios para unir a la clase obrera en la lucha por el socialismo. La tarea de los sindicatos revolucionarios consiste, pues, en hacer de la acción directa un medio de educar y de preparar a las masas obreras para la lucha por la revolución social y por la dictadura del proletariado"*⁹.

La C.S.T.B. (tanto la stalinista como la peseobista) representaba una etapa totalmente superada del sindicalismo, aquella en la que predominó la dirección artesanal y la ideología pequeño-burguesa. Después del surgimiento de la Federación de Mineros se planteó la urgencia de estructurar una central obrera dirigida y políticamente controlada por el proletariado. Es en este sentido que la "Tesis de Pulacayo" habla de la central obrera (capítulo X). "Debe ser el pensamiento proletario y no el pequeño burgués el que prime en la Central Obrera. Además es nuestra tarea entregar a ella un programa verdaderamente revolucionario..." Primero la Central Obrera nacional y luego la C.O.B., se han inspirado en tal enunciado. Una otra cosa es que la última organización hubiese concluido prostituyéndose, siendo la responsable no la "Tesis de Pulacayo" sino la burocracia sindical.

4 LAS CRÍTICAS

La objeción más seria que se ha hecho a la "Tesis de Pulacayo" consiste en señalar que encierra una posible desviación hacia el anarco-sindicalismo. En síntesis, los detractores sostienen que se quiere convertir una plataforma sindical en el programa de la vanguardia revolucionaria del proletariado y hasta se ha llegado al extremo de pretender descubrir el intento de colocar a una federación obrera en el lugar que corresponde al partido político del proletariado. No hay necesidad de subrayar que se trata de un argumento realmente infantil. Se dice que la "Tesis de Pulacayo" no señala, en forma categórica, que el partido, el P.O.R. por ejemplo, será el caudillo de la revolución futura.

9.- "Thésés, manifestes et résolutions adoptés par les I, II, III et IV congrés de 1 'Internationale Communiste". París, 1934.

Se ha olvidado que la "Tesis de Pulacayo" llena fundamentalmente, dado su carácter de plataforma de una Federación, la necesidad de señalar las tareas políticas del proletariado con referencia a las otras clases sociales y al proceso revolucionario; no obedece a la urgencia de establecer las relaciones entre la vanguardia revolucionaria (partido) y la clase. Este extremo lo realizará el programa del partido político de la clase obrera. ¿Tiene o no importancia el que capas amplias, cada día más amplias, del proletariado adquiera conciencia clasista? ¿Quién puede discutir que es trascendental la misión de llevar hasta las propias filas de los trabajadores los principios revolucionarios? Esta es una labor que contribuye a superar el desequilibrio evidente entre la excesiva madurez de las condiciones objetivas y la incipiencia de las condiciones subjetivas, una casi ausencia de vanguardia revolucionaria. ¿Es más importante cacarear, con y sin motivo, sobre las bondades de tal o cual partido político o alinear a los explotados sobre una conducta revolucionaria? Los impugnadores no han traído ninguna argumentación seria de carácter doctrinal o histórico.

El que una organización sindical se defina categóricamente dentro del marco de la política obrera-revolucionaria no significa que se busque sustituir el partido por el sindicato. Importa adoptar la posición más justa: convertir los sindicatos en organismos revolucionarios..

No se trata de discutir la trascendencia del partido como vanguardia revolucionaria y de su imprescindible necesidad para hacer posible el triunfo de la revolución, todo esto es elemental para un marxista.

La "Tesis de Pulacayo" es un panfleto escrito de un tirón y en todo vehemente. Llama a la acción y a la lucha, no abandona un solo momento su ubicación ideológica, aunque no tiene la pesadez que caracteriza a las disquisiciones pretendidamente teóricas. Bien pronto ganó a las masas y en este objetivo ayudó en gran manera la propia minería.

En forma de folleto ha merecido en Bolivia sólo tres ediciones. La primera fue hecha en mimeógrafo a los pocos días del Congreso de Pulacayo. Posteriormente, los poristas de Potosí reimprimieron la Tesis en una imprenta de tipo movible. La tercera edición, que puede ser considerada como la definitiva y la única ajustada al original, se la debe a G. Lora. Dos revistas; la Jurídica de Cochabamba y Protección Social ¹⁰, incluyeron en sus páginas todo el texto. En el interior del país, ha merecido una amplia difusión en las publicaciones laborales y de izquierda. Merece destacarse el folleto auspiciado por ese amigo argentino de la revolución boliviana que se llama Esteban Rey ("Lo que dicen y lo que quieren los mineros bolivianos"). También figura en los volúmenes titulados "Programas Políticos de Bolivia" (dos ediciones) y "Documentos Políticos de Bolivia".

El día menos pensado y para sorpresa de los trabajadores, toda la prensa boliviana, los grandes y pequeños periódicos, publicaron in extenso la "Tesis de Pulacayo", algunos lo hicieron en forma de folletín. Así se convirtió en el centro de una enconada disputa ideológica y política. Recién ahora sabemos que la mano que dirigió esa descomunal campaña publicitaria no fue otra que la empresa Patiño, amo y cerebro de la gran minería. Esa conducta, aparentemente extraña, obedeció a un cálculo equivocado: se esperaba que la amplia difusión de un documento supuestamente clandestino obligaría a la opinión pública a movilizarse contra los extremistas; lo que ocurrió fue que las ansias de liberación del pueblo encontraron su eje natural en la Tesis y que ésta empleó, aún más, el espíritu de lucha de las masas. "Al comprender los alcances de la "Tesis de Pulacayo", que en ese momento circulaba secretamente, Patiño ordenó a sus empresas que le dieran la mayor difusión posible en la prensa de Bolivia, para que el país se diera cuenta del peligro en que hallaba, si todavía era tiempo. Le fue difícil al "superestado" conseguir la publicación de ese documento que en vez de ser tomado por los diarios como un hallazgo y una primicia informativa, fue insertado como aviso solicitado a una elevada tarifa ... Nadie lo comentó. El país estaba sordo y ciego" ¹¹. No es exacto que nadie comentó, los diarios rosqueros tronaron en sus editoriales contra la recién nacida Tesis.

Los ideólogos de la reacción, entonces encaramados en el Palacio Quemado y los izquierdistas de tinte stalinista variaron de táctica. Tomaron para sí la tarea de refutar ideológicamente a la Tesis y de procurar su sustitución como programa de los mineros. La polémica abierta al respecto es la única que queda en los anales del movimiento obrero y la revisión de ella, por muy ligera que sea, ofrece muchas enseñanzas.

10.- "Protección Social", publicación mensual de la CSAO. La Paz, abril de 1947.

11.- Manuel Carrasco, "Simón I. Patiño, un industrial". París, 1960.

No pocos piensan que la "Tesis de Pulacayo" es un documento totalmente superado por los acontecimientos y piensan así porque suponen que sus consignas básicas han sido integralmente realizadas por los gobiernos movimientistas. Lo que se olvida es que la experiencia negativa del partido pequeño burgués en el poder ha confirmado, a su modo, la validez del mensaje de Pulacayo: solamente el proletariado en el poder cumplirá las tareas democráticas y las socialistas.

La Tesis no se limita a pedir el salario básico vital, sino que reivindicaciones de este tipo están subordinadas a la consigna maestra que es la toma del poder por la clase obrera y la estructuración de su gobierno propio. Mientras este objetivo no sea alcanzado no podrá ponerse en duda la vigencia y actualidad de la "Tesis de Pulacayo". El M.N.R. cuando ha tomado el nombre de algunas consignas revolucionarias ha concluido invariablemente por sustituirlas. La lucha revolucionaria tiene que partir de la realidad tal cual es y lo menos que puede pedirse es el retorno a la "Tesis de Pulacayo".

La "Tesis de Pulacayo" motorizó la movilización de las masas (no hay que olvidar que fue concebida dentro de la ortodoxia marxista), pero esta movilización concluyó en el MNR, es decir, se convirtió en el antecedente inmediato para su arribo al poder por segunda vez. La causa de este hecho tiene que buscarse no en la Tesis, sino en una serie de factores históricos, particularmente en la traición stalinista que pacto con la rosca.

Lo anterior ha servido para que los críticos de derecha especulasen con la especie de que el MNR era sinónimo de comunismo y de que su misión no era otra que la de realizar las consignas de la "Tesis de Pulacayo". Todo lo que llevamos expuesto permite afirmar que tal conclusión es capciosa. Todos los abanderados del anticomunismo se complacen en repetir tal extremo.

Alfredo Candia lleva esta tesis a límites insospechados. "La consigna de la Tesis de Pulacayo en ir a la creación de una sola y fuerte central obrera se ha cumplido después de la revolución del 9 de abril. Si analizamos la cuestión de la dictadura del proletariado propiciada por la Tesis de Pulacayo, vemos que igualmente se ha cumplido en el gobierno de Paz Estenssoro en todos los aspectos, desde la entrega de casi todos los ministerios a los obreros y a los vivos de la clase media que con gran sentido oportunista han ingresado a la C.O.B., hasta el establecimiento del control obrero con derecho a veto... Paz Estenssoro ha distribuido armas entre los trabajadores en cantidad ... Con las citas textuales de la Tesis de Pulacayo y sus respectivos comentarios acudo a la opinión de los lectores para que ellos sean quienes digan si Paz Estenssoro ha cumplido o no el pensamiento y las consignas del comunista Guillermo Lora" ¹².

La "Confederación Interamericana de Defensa del Continente", que tiene la pretensión de timonear la lucha contra las tendencias marxistas y no oculta su sometimiento al Departamento de Estado norteamericano, ha elaborado un amplio informe sobre las actividades izquierdistas dentro del país con el ambicioso título de "El marxismo en Bolivia" ¹³. Se trata de un sorprendente acopio de documentos y datos, estos últimos no siempre exactos, pero cuya interpretación no solamente es errada, sino que aparece distorsionada por el afán de justificar un esquema apriorístico. El documento ha sido redactado por el chileno Sergio Fernández Larraín, elemento reaccionario que hace ostentación de ser erudito en marxismo.

Lo que la Comisión ha deseado es demostrar que el M.N.R. triunfó con ayuda de los partidos marxistas y que desde el gobierno no hizo otra cosa que sovieterizar el país, conforme a las consignas proporcionadas por los extremistas. "Estudiando a fondo los programas de estas fuerzas advertiremos que entre el M.N.R., el P.I.R. (considerado por los informantes como Partido Comunista, G.L.), el POR ..., que se aliaron para provocar ese hecho revolucionario (el del 9 de abril de 1952. G.L.), existe un nexo, especie de columna vertebral que los une: el marxismo". Esta tesis ya había sido desarrollada con anterioridad por los ideólogos de la rosca, entre ellos por Hertzog. Este último no se opone y está imposibilitado de hacerlo, a la penetración imperialista, ni eleva su protesta porque se hubiese acentuado bajo el MNR la dependencia de Bolivia con referencia al imperialismo. El jefe del PURS se siente molesto porque el Departamento de Estado no le coopere decididamente en la recaptura del poder, a pesar de su extrema orfandad popular ¹⁴.

12.- Alfredo Candia, "Bolivia: un experimento comunista en América". la Paz, sin fecha.

13.- Confederación Interamericana de Defensa del Continente, "El marxismo en Bolivia" (informe en mayoría de la Comisión). Santiago de Chile, 1957.

14.- Enrique Hertzog, "Bolivia, nuevo Atolón de Bikini". Buenos Aires, 1956.

Aunque los anticomunistas vieron con simpatía el acentuado viraje derechista del gobierno Siles, estaban seguros que Bolivia no podía librarse de la influencia marxista en las esferas estatales: "A nuestro juicio,

las actitudes últimas del Presidente Siles Zuazo, tan dignas de consideración y aplauso, encuentran similitud extraordinaria en la acción de un buen samaritano que abre una ventana para dar aire y luz a un enfermo gravísimo, que es Bolivia, impenetrablemente encerrado en un cuarto asfixiante, pero que no le suministra la adecuada medicina para recuperarlo".

Para corroborar tan peregrino corolario se cita la "Tesis de Pulacayo"; "La Tesis de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, la organización más importante, peligrosa e influyente en el país, llamada "Tesis de Pulacayo"...", constituye la carta magna del marxismo en Bolivia". Lo que a los anticomunistas han extrañado es la activa participación en las acciones de masas de los marxistas de diferentes matices. Lo que olvidan es que una cosa es esta actividad y otra muy diferente la conducta gubernamental, tan empeñada en armar trampas a las exigencias del pueblo. "Los hombres de abril de 1952, en su inmensa mayoría fueron y siguen siendo marxistas y entre ellos se nota la hegemonía de los trotskistas sobre los leninistas (arbitrariamente así designan a los stalinistas, G.L.). Estas tendencias siamesas del marxismo, leninismo y trotskismo, no difieren substancialmente en cuanto a su fondo doctrinario ni a las metas que buscan: las separa solamente la distinta velocidad que ellas imprimen al proceso revolucionario".

Jorge Siles Salinas es una especie de teórico del falangismo fibrente. Representa a la derecha cerradamente anti-marxista y parece no estar de acuerdo con la actitud demagógica que desarrollan algunos dirigentes de Falange Socialista Boliviana. Se puede decir que es un socialcristiano ortodoxo. También se cree obligado a partir del supuesto de que el Movimiento Nacionalista Revolucionario se ha limitado a efectivizar la plataforma de Pulacayo ¹⁵:

"No será el autor de este trabajo el primero en señalar en qué forma puntual el gobierno del M.N.R. ha hecho efectivos los principales enunciados del programa de Pulacayo. Voces autorizadas han hecho hincapié una y otra vez acerca de la coincidencia de tales postulados con las realizaciones del actual Gobierno. En rigor, una simple lectura del citado documento bastaría a demostrar hasta qué punto el mismo ha servido de pauta para la obra del régimen. En cualquier supuesto, la semejanza doctrinal que la política del Gobierno boliviano presente en relación con las orientaciones de la tesis minera, no parece que podría obedecer sino a la más estrecha identidad ideológica. Léase, por ejemplo, el punto cuarto, relativo a la revolución democrático burguesa "que inaplazablemente debe realizarse".

El ejemplo dado por Siles viene a demostrar, precisamente, el abismo que separa a la "Tesis de Pulacayo" de la ideología movimientista (necesariamente difusa y titubeante), a la orientación política de la clase obrera de las limitaciones congénitas de la pequeña burguesía en el poder. Las tareas democráticas no han sido plenamente realizadas por el M.N.R.; algunas han sido simplemente formuladas y otras han sido detenidas en medio del camino de realización. La revolución empantanada, esa es la obra del M.N.R. La Tesis habla de que únicamente el proletariado puede cumplir la limpieza de las formas económico-sociales precapitalistas.

Los hechos se han encargado de desmentir las conclusiones del teórico falangista. Lo que sigue seguramente nadie se atrevería a suscribir: "Quién podría negar hoy, cuando las masas obreras disfrutan de la plenitud del poder (se precisa muy poca perspicacia para no darse cuenta que el famoso cogobierno MNR-COB no era más que una impostura para engatuzar a los incautos, G.L.), cuando el Estado se rige con arreglo a un totalitarismo de clase, en que la dictadura del proletariado y la lucha de clases son artículos de fe, quién podría negar que entre el manifiesto de Pulacayo y el Gobierno del M.N.R. no media discrepancia alguna de fondo y todo, al contrario, conspira a su identificación absoluta?".

Algunos no tienen el menor reparo en deformar los hechos, en violentar el propio sentido común, cuando les interesa acomodar la realidad a sus esquemas arbitrarios, citamos algunos ejemplos a pesar de su ninguna calidad intelectual, por ser los más escandalosos en ese sentido.

El señor Benjamín I. Cordero ¹⁶ ha escrito despropósitos como los que siguen: "El agitador Juan Lechín,

15.- Jorge Siles Salinas, "La aventura y el orden, reflexiones sobre la revolución boliviana". Santiago de Chile, 1956.

16.- Benjamín I. Cordero, "Tragedia en Indoamérica, Bolivia: seis últimos lustros de turbulencia política". Córdoba, 1964.

sin la necesaria capacidad ni solvencia moral para la conducción de las delicadas (!) clases proletarias, desde su posición de Secretario Ejecutivo de la FSTMB pasó a la condición de fácil instrumento de los líderes dependientes del Kremlin ... "Esta falsedad es dicha para dar a entender que dicho dirigente es el responsable de la aprobación de la "Tesis de Pulacayo".

" Fue así que -el marxismo- patentizado en la izquierda revolucionaria con garantías plenas, no tardó en hacerse sentir violentamente mediante la aprobación de un plan con el título de "Tesis de Pulacayo".

"Se reunió en Congreso toda la aparcería del stalinismo. Su realización fue en la localidad minera de Pulacayo. No faltaron representantes de J. A. Arze y de R. Anaya, jefe y subjefe del P.I.R. y otros, estando presentes Juan Lechín, G. Lora, Mario Tórres, Juan Sanjinés Ovando, Fernando Siñani, este último actual director del semanario comunista "El Pueblo". El Congreso contó con el consentimiento del bolcheviquizado ministerio de gobierno". En lo transcrito todo es inexacto. Ninguno de los prostalinistas mencionados asistió al Congreso de Pulacayo. La Tesis fue aprobada venciendo la presión del gobierno. Aurelio Alcoba, Ministro de Trabajo, fue virtualmente expulsado de la sala de sesiones.

El confusionismo y la impostura llegan al extremo en el párrafo siguiente:

"Las deliberaciones de Pulacayo no pudieron menos que concitar la expectativa nacional e internacional. Se abrió el libertinaje al amparo de un gobierno constitucional, que comenzó a dar la sensación de debilidad. Fue allí donde la Tercera y Cuarta Internacional, después de la revolución de julio revisó su plan de operaciones produciendo un pliego de consignas de tinte netamente comunista".

Como resulta conveniente hacer creer que Lechín es comunista, no pocos insisten en su teoría de que a él le corresponde la paternidad de la Tesis, o que por lo menos la identidad entre ambos es completa. "El señor Lechín en su eterno liderazgo de los obreros de las minas a los cuales ha entretenido que él es un izquierdista cabal (aceptando con venias la tesis de Pulacayo de la que se dice autor el "formidable teórico" Lora) y no obstante su carácter y su vida son de derecha" ¹⁷. El mismo Marof desarrolla la "teoría" de que el M.N.R. encubrió al marxismo para sacar ventaja política. "Ninguna combinación política podía ser más eficaz para engañar a propios y extraños tanto dentro del plano interno como internacional, como el cogobierno COB-MNR... En efecto, el M.N.R. un partido de extracción nazi-fascista encubrió magistralmente bajo su etiqueta nacionalista el ensayo marxista impuesto por la FSTMB y la COB, que troquelaron a este partido "pequeño burgués", dentro de la célebre tesis de Lenin y Trotsky sintetizada singularmente en la "Tesis de Pulacayo" adoptada por Lechín como el "Programa de Principios de la FSTMB", cuyos postulados principales como la nacionalización de minas y ferrocarriles, revolución agraria, liquidación del ejército, formación de milicias armadas de mineros y campesinos, lucha de clase, voto universal, etc., que no figuraban en el "Programa de Principios del MNR", fueron adoptados por este partido convirtiéndose en su estandarte ideal para su promoción y desarrollo".

Entre todos estos comentaristas el que con exactitud caracteriza a la "Tesis de Pulacayo" es José Antonio Lloza ¹⁸: "A raíz de la contrarrevolución del 46, el movimiento sindical sufre un colapso. Los representantes mineros logran efectuar un Congreso Extraordinario en Pulacayo, adoptando una tesis de inspiración trotskysta conocida como "Tesis de Pulacayo".

Los intentos de revisar y sustituir la radical "Tesis de Pulacayo" por otro documento más ajustado a los intereses de la rosca o del reformismo han sido múltiples. El señor Lechín alentó en muchos congresos a toda tendencia que buscaba revisar y dejar en cuarentena lo aprobado en Pulacayo; los delegados de base frustraron invariablemente tales propósitos.

Un solo ejemplo: en el Quinto Congreso de Telamayú, apuntalando a quienes se levantaron contra la "Tesis de Pulacayo" y obraron así por instrucciones del purismo, dijo lo que sigue: "Me solidarizo al proponer la revisión de la "Tesis de Pulacayo" y sugiero la organización de la Comisión, que estaría presidida por el c. Mendivil, de reconocida ponderación e imparcialidad e integrada por un miembro de la Federación y dos designados por el congreso. Esta comisión se encargaría de revisar a breve plazo el documento, ya que no puede prolongarse por mayor tiempo esta situación" ¹⁹.

17.- Tristan Marof, "Breve biografía de Victor Paz Estenssoro". La Paz, 1965.

18.- José Antonio Lloza, "Nuevo Manual del Sindicalismo". La Paz, 1962.

19.- Actas del V Congreso Minero de Telamayú, junio de 1948.

El anterior antecedente sirvió para que elementos adictos al oficialismo pretendiesen, en el Congreso de Milluni, reemplazarla "Tesis de Pulacayo" por otro documento titulado pretenciosamente "Antítesis de Pulacayo" y que fue elaborado en el Ministerio de Trabajo²⁰. Los supuestos proyectistas han publicado un folleto que contiene la repetición de la crítica derechista al documento de Pulacayo. Según estos señores el pecado capital del programa de los mineros radica en ser comunista, elaborado dentro de la ideología de la Cuarta Internacional; en propugnar la lucha de clases y la oposición revolucionaria al gobierno de la rosca en lugar de seguir las rutas del legalismo y del colaboracionismo clasista; en violentar la teoría de que por igual el trabajo y el capital son los factores básicos "de la producción y el progreso de los pueblos"; en tratar de combatir al capital, desde una posición anarco sindicalista, etc.

Un largo análisis sobre la "Tesis de Pulacayo" reitera los escritos de Roberto Pérez Patón, que pretende revisar el marxismo desde el punto de vista liberal. Se comienza rechazando la doctrina de que el proletariado es la clase revolucionaria por excelencia por considerarla superada. Bolivia no sería un país capitalista atrasado sino semicolonial (en lenguaje marxista ambos términos son equivalentes), porque la primera caracterización puede servir para justificar la revolución permanente. Invocando el chauvinismo se niega a la subordinación del país a la economía mundial. Una y otra vez se indica que muchos párrafos de la tesis estarían dentro de un programa político pero no sindical (la reacción siempre ha gustado batallar en favor del tradeunionista). Los autores del folleto, que pretendían presentarse como portavoces de los obreros, se vieron obligados a hacerla siguiente declaración: "Pero los que no somos comunistas y menos podemos ser anarquistas (imputaban a los parciales de la tesis el pecado de haberse convertido de marxistas en anarquistas), respetamos el Estado, cuando es la expresión genuina de la clase mayoritaria, es decir, pensamos que una democracia económica puede realizar la Justicia Social, creando el bienestar para los trabajadores y el progreso de una nación. Pero todo esto en el terreno político, ajeno portanto a lo relacionado con un organismo sindical como es la Federación". Les parecía infantil sostener que el proletariado minero se había colocado a la vanguardia del movimiento revolucionario latinoamericano: "El proletariado minero está constituido en un 90% por elemento campesino, muchas veces sin ninguna instrucción. El 10% restante tiene conciencia de sus derechos y alienta reivindicaciones económicas, pero carece de adoctrinamiento político. Asignar a este elemento la preparación y experiencia política que supone una vanguardia en Latino América, es infantil y propio de mentes desviadas por el fanatismo". Este desprecio a la clase obrera forma parte también del arsenal ideológico del stalinismo. Cuando analizan el capítulo referente al tipo de revolución a realizar en el país se acusa a la Tesis de haber caído en el extremismo infantilista: "Los mineros desean buenos alimentos, vivienda higiénica y un mayor bienestar general para ellos y sus familias. El aspecto político los tiene sin cuidado". Invocando las encíclicas papales se opone al extremismo de la Tesis, el franco colaboracionismo clasista: "Los mineros bolivianos son también parte integrante de esta comunidad social que ha heredado una tradición moral que se remonta al Imperio Incaico, cuya civilización estuvo inspirada en una elevada Justicia Social; por tanto, no pueden comulgar con ideas anti sociales y regresivas, por lo que afirmamos que la lucha de clases, al ser un mal congénito de la humanidad hay que resolverlo en forma pacífica, por medios legales y con inspiración cristiana". A la declaración de que los mineros son antiimperialistas se hace un curioso comentario: "En esta parte los trotskystas han arrojado la careta y se muestran como agentes de la URSS para sembrar el confucionismo entre los obreros".

La plataforma sustitutiva que se proponía era cerradamente demo-liberal, legalista y de total subordinación al gobierno Hertzog: "El que contribuye con su esfuerzo personal al incremento de la economía nacional tiene derecho a una vida decorosa". "La propiedad y la riqueza deben estar garantizados cuando cumplen una función social". "La democracia es el único régimen compatible con la dignidad humana, entendiendo por democracia el gobierno de las mayorías y para toda la colectividad".

Los trabajadores no se tomaron la molestia de considerar semejante proposición, porque intuyeron que la mano que guiaba los pasos de sus "autores" era el oficialismo.

Después de la revolución de 1952, sectores llamados progresistas e íntimamente ligados con el régimen movimientista también intentaron reemplazar la "Tesis de Pulacayo" con otros documentos más del agrado del nuevo gobierno. Estos revisionistas invocaban una razón común: hablase modificado la situación política y el mensaje de Pulacayo concluyó siendo superado por la historia.

Merece atención especial la llamada "Tesis de Telamayu"²¹, elaborada y suscrita por Guillermo Bedregal,

20.- Juan Iñiguez y Antonio Lloza, "Antítesis de Pulacayo". La Paz, 1950.

21.- "Tesis de Telamayu, carta del sindicalismo revolucionario". La Paz, 1960.

Aníbal Aguilar y Jorge Antelo, un trío que actuaba como cerebro y voluntad del sector timoneado por Hernán Siles ²². Este documento según sus autores, estaba llamado a convertirse no únicamente en el ideario del sindicalismo boliviano, sino de los trabajadores de todo el continente: "La Tesis de Telamayu" está haciendo ya conciencia en la mayoría de los países latinoamericanos y se está incorporando, enérgicamente, al nuevo movimiento sindical.

"Su difusión ha sido considerable en nuestro hemisferio... Algunos grupos altamente calificados de dirección sindical en Chile y en Colombia han calificado la "Tesis de Telamayu" como la primera carta del sindicalismo nacionalista revolucionario."

Podría pensarse que el Congreso de Telamayu (1959) discutió y aprobó la obra de los silistas. La verdad es que pasó desapercibida para los trabajadores. Nos detenemos ante ella porque expresa el pensamiento de quienes detentaban el poder acerca del rol del sindicalismo.

Toda la tesis puede resumirse en un solo punto: las reivindicaciones que plantean los sindicatos "deben subordinarse a las necesidades vitales de la revolución". Se pretende que así no se hace más que prolongar una de las líneas básicas del documento de Pulacayo: subordinación de la lucha sindical a la conquista del poder político. Antes de 1952 el Estado era instrumento de latifundistas y grandes mineros; después -dicen los movimientistas- se ha convertido en "una expresión del pueblo concebida como una alianza de clases trabajadoras (desde el proletariado hasta los "empresarios no monopolistas", G. L.) y la gran tarea que llena la historia de nuestro tiempo no es la revolución proletaria sino la revolución nacional..."

Para que el anterior planteamiento adquiriese alguna trascendencia sería necesario que el proletariado esté representado por el MNR en el poder o, por lo menos, que así lo crea, como ocurrió inmediatamente después del 9 de abril de 1952. Sólo en tal caso puede tener algún sentido el exigir a los sindicatos que condicionan su lucha diaria a los planes gubernamentales. La desgracia de Bedregal, Aguilar y Antelo radicó en que elaboraron su "carta del sindicalismo" en un momento en que las masas obreras activamente se colocaban contra el gobierno movimientista, no sin antes haber llegado a diferenciarse ideológicamente y políticamente de él. En 1958 los mineros aprobaron en el Congreso de Colquiri y en la Conferencia de Catavi dos documentos políticos de repudio al entreguismo del MNR y a su política antipopular. Se partía de la certidumbre de que el movimientismo y su gobierno constituían un serio obstáculo para la marcha de la revolución; actitud que se reflejó en la izquierda del oficialismo (lechinismo) y le obligó a criticar al gobierno del que formaba parte. ¿Al obrar así los mineros favorecían a la reacción, como sostenían Bedregal y compañía? De ninguna manera. La revolución sólo podía salvarse de continuar empantanada si se encauzaba por el camino señalado por los obreros, es decir, por una izquierda anti-imperialista.

La Tesis movimientista concibe la revolución nacional como una amalgama de cuatro clases sociales dirigida por cualquiera de ellas menos por el proletariado, pues solamente a éste se le niega, de modo expreso, todo derecho a ejercitar su hegemonía o su dictadura: "convertirse en el núcleo político de esa revolución (de la nacional) aún cuando sin pretender la hegemonía ni el ejercicio de la dictadura". La práctica y la doctrina han demostrado que ese bloque policlasista importó la dirección del pequeño-burgués MNR. Lo que la Tesis que comentamos pide, es nada menos que el incondicional sometimiento del proletariado al gobierno movimientista. En 1960 eso quería decir dejarse de huelgas y peticiones de mejores condiciones de vida y de trabajo, para reventar produciendo en beneficio de los amos de la COMIBOL.

En su texto se lee que el objetivo es "sustituir el anarco sindicalismo por un sindicalismo nacionalista-popular ajustado a los problemas y necesidades de la revolución nacional. Sólo la arbitrariedad puede catalogar a la "Tesis de Pulacayo" de anarco-sindicalista ²³. Hemos visto que lo que propugna es la política independiente de clase y, fiel a su ubicación marxista, no repudia la acción política, partidista o

22.- La llamada "Tesis de Telamayu" entronca en el sindicalismo divisionista y que ha sido bautizado como reestructurados, directamente controlado desde el Palacio de Gobierno. "Conscientes del destino nacional de la revolución, los dirigentes sindicales del MNR que defendieron el proceso revolucionario ante los constantes intentos golpistas de la derecha y las tácticas de anarquía sindical del POR y PC, concibieron y lograron en 1957 la aprobación en la COB de la primera tesis en que se puntualiza la dirección política del MNR para la clase trabajadora boliviana. Esa tesis a la que siguió la similar planteada en el Congreso Minero de Telamayu de 1959 corresponde a la realidad nacional" (Siles Zuazo, "Cuatro Años de Gobierno". La Paz, 1960.

23.- Guillermo Lora, "¿Por qué combatimos al MNR? Tesis sindical silista". La Paz, 1960.

parlamentaria. Lo que los teóricos movimientistas entienden por anarco-sindicalistas no es otra cosa que el afán de las organizaciones sindicales de emanciparse del control del MNR, como si representase la única tendencia política del país, o por lograr un control sobre las empresas. "La tesis de la neutralidad de los sindicatos -suponiendo que éstos pueden jugar un papel de partidos revolucionarios- es anarco-sindicalista. La tesis de la utilización subversiva de la huelga general, como un método de quitarle el piso del Estado, es anarco-sindicalista. La tesis de la COB excluyente y sin vinculaciones con el Partido que lideriza la Revolución Nacional, es anarco-sindicalista", etc. De aquí se deduce que lo que se buscaba era domesticar a las organizaciones obreras, para que éstas no obstaculizasen con sus pedidos los planes gubernamentales.

Como ocurre en toda teoría burguesa o pequeño burguesa, se invocan los intereses nacionales únicamente para lograr que el proletariado se diluya en la mayoría nacional y abandone sus propias reivindicaciones. Lo que ocurre es que los intereses clasistas del proletariado adquieren carácter nacional. Si los mineros siguiesen la orientación delineada por la "Tesis de Telamayu" tendrían que comenzar por borrar su fisonomía y abandonar sus posiciones ideológicas para concluir entregándose a la dirección política de otra clase social. En otras palabras, sería preciso que pierdan todo rastro de conciencia clasista.

La primera misión del sindicato, según los señores Bedregal, Aguilar y Antelo, debe consistir en educar políticamente a los obreros para que se fundan con el Estado movimientista. El resultado no puede ser más que convertir a las organizaciones laborales en apéndices del Estado movimientista, lo que tiene mucho de fascista.

Es completamente falso que los sindicatos tengan que perder en momentos su carácter de organismo de defensa de los trabajadores. Lenin enseñó que ni siquiera bajo la dictadura del proletariado deben dejar de luchar contra todo exceso gubernamental o burocrático.

El golpe estaba dirigido contra Lechín, pues se suponía que su sector no hacía más que expresar la influencia extremista (trotskysta y stalinista) y que por eso acentuaba su crítica al gobierno y no se oponía a la creciente ola huelguística. No tienen ningún otro sentido el llamado a democratizar los sindicatos que hace la "Tesis de Telamayu".

La idea de que habiendo co-gobierno ya no pueden existir huelgas, por ser suicidas, fue desarrollada con anterioridad por Aníbal Aguilar ²⁴. Partiendo de la identidad de intereses entre obreros y Estado en las empresas estatizadas sostiene: "Una huelga en la minería nacionalizada es una huelga contra los trabajadores mineros y contra la Nación... Los trabajadores no pueden destruirse a sí mismos haciéndose una huelga".

Según Aguilar, el control reemplazaba todos los métodos de lucha de los trabajadores: "Para evitar esto (la huelga) se ha creado una institución que supera el concepto de la huelga como instrumento de defensa frente al patrón privado y es el "control obrero con derecho a veto"... "La huelga en estas circunstancias sería un grave delito contra el Estado y, consiguientemente, contra el porvenir de la revolución.

Algunos elementos "trotskystas" que emigraron al MNR se pusieron a teorizar acerca de que algunas ideas de Trotsky eran buenas y otras no y que las masas supieron aprovecharse del POR, etc. Estas gentes, parapetadas en la trincheras antiobreras, nunca ocultaron su odio a la "Tesis de Pulacayo", que parece traducir la actitud del MNR como partido, al menos como expresión de Víctor Paz, Siles y Lechín.

"El colgamiento de Villarroel dejó desguarnecido al movimiento obrero, le restó el apoyo del Estado. Los trabajadores, especialmente los mineros, buscaron en los poristas a sus organizadores, los utilizaron para mantener la estructura de los sindicatos. Como contra prestación, el POR impuso a la Federación de Trabajadores Mineros de Bolivia, el famoso programa de Pulacayo, que algún audaz se adjudica como obra de creación personal. El movimiento obrero utilizó al POR. Pero no se dejó arrastrar por éste detrás de posiciones sectarias y antinacionales. Prueba de ello es que durante bastante tiempo porismo y movimientismo aparecieron indiferenciados para el proletariado. Es que el instinto de la clase obrera le hacía tomar las mejores ideas de Trotsky, incorporándolas al nacionalismo, pasando por algo la "versión de los epígonos" ²⁵.

24.- Aníbal Aguilar, "Revolución y derecho de huelga". ¿Debe irse a la huelga en las minas nacionalizadas? La Paz, 1959.

25.- Esopus, "El POR o los epígonos de Trotsky", en "Frente Revolucionario". La Paz, 21 de septiembre de

Una de las últimas críticas a la "Tesis de Pulacayo" es la escrita por Antonio García ²⁶, que forma parte de esa amplia tendencia nacionalista latinoamericana que repudia la intervención de los marxistas en el proceso de transformación con el argumento de que, a nombre de una falsa ortodoxia, colocan en primer plano los intereses clasistas y traicionan así los objetivos de la revolución nacional y popular. Está junto a los teóricos que se esfuerzan por presentar a los partidos policlasistas como la única respuesta política viable en los países atrasados. Se identifica con los planteamientos derechistas de la fracción silista del MNR.

Tiene que extrañar que en 1966 se le ocurra a García sostener que la Tesis (inexplicablemente la llama "carta") de Pulacayo es nada menos que un documento impuesto desde el exterior a la burocracia sindical y que de ningún modo puede considerarse como ideológicamente representativo de las actitudes y anhelos del proletariado de la minas". Transcribimos lo esencial de su argumentación: "La Carta de Pulacayo se ha tomado como un documento oficial del movimiento obrero de Bolivia (en cuanto fue aprobado en alguno de sus congresos, antes de 1952), pero de ningún modo puede considerarse como ideológicamente representativo de las actitudes y anhelos del proletariado de las minas: la razón se encuentra en el hecho de que el internacionalismo proletario, la filosofía de la sociedad sin clases, el ideario de la abolición de la propiedad sobre los medios de producción, formaba parte de los esquemas mentales de la "inteligencia revolucionaria", pero estaba fuera del horizonte político de la masa obrera. Lo que prendió, dentro de ella, fue esa corriente ideológica que penetra los movimientos de nacionalización de masas: el anhelo de comunicación y de participación activa en la sociedad nacional".

Tal planteamiento tiene mucho en común con lo que han dicho los teóricos del MNR, del stalinismo y de la misma rosca. El señor García forma filas dentro de la santa alianza ideada para combatir a muerte el programa político de los mineros y que, en último término, no es más que el bloque de la reacción y algunos izquierdistas.

Las conclusiones a las que llega el crítico de última hora resultan obligadas si se tiene presente que cree necesario, para los intereses de la revolución popular y nacional, que el movimiento sindical se subordine a la dirección política y gubernamental de la pequeña burguesía (él no habla de esta capa social sino de la alianza de las cuatro clases); que renuncie a sus reivindicaciones clasistas para no obstaculizar la labor de un gobierno progresista y menos para molestar sus aliados del momento y finalmente, que adopte la ideología nacionalista (pequeño-burguesa), abandonando así el objetivo de la independencia nacional. Este planteamiento fue hecho con anterioridad por Bedregal, Aguilar y Antelo (trío de sustentación del reaccionario Siles) en la llamada Tesis de Telamayu.

García incurre en gruesos errores. No percibe la existencia de diversas capas dentro de la clase obrera, que atraviesa otras tantas etapas en la formación de la conciencia de clase. Se le antoja una masa homogénea en su atraso. Tampoco distingue la diferencia entre los objetivos inmediatos (salariales) y los históricos de la clase. Se detiene únicamente en teorizar e historiar acerca de la actividad gremialista, sin tomar en cuenta para nada la expresión política de la clase, que es donde se mide su grado de conciencia.

Puede ser que la "Tesis de Pulacayo" no exprese con fidelidad matemática los intereses inmediatos del grueso de la clase, es decir, de sus sectores más atrasados, pero -y aquí radica su mérito- eleva a categoría teórica, los objetivos históricos, las tendencias elementales e instintivas que es posible descubrir en la actividad diaria. Obra de la vanguardia, ha sido adoptada por la vanguardia y le ha servido a ésta de valioso instrumento revolucionario.

No corresponde a la verdad la especie de que dicho documento programático fuese, en verdad, totalmente extraño al proceso de la revolución boliviana. Contrariamente forma parte de su misma esencia. Las consignas de la "Tesis de Pulacayo" (la argumentación teórica son su fundamentación) han permitido, como ya se tiene indicado, la movilización de masas que desembocó en la insurrección del 9 de abril de 1952. En cierta medida pudo el MNR utilizarlas demagógicamente para sacar ventaja de esa movilización.

La trascendencia de la "Tesis de Pulacayo" radica en que da expresión política a la tendencia más

1956.

26.- Antonio García, "Los sindicatos en el esquema de la revolución nacional", en el "Trimestre Económico". México, 1966.

importante que lleva en su seno la clase obrera: superar los límites capitalistas que pretende imponer el gobierno pequeño burgués e impulsar el proceso hacia el socialismo. Superficialmente la pugna MNR-proletariado se presentaba como la lucha alrededor de mejores remuneraciones; sin embargo, en el fondo chocaban las tendencias clasistas diferentes con relación al porvenir de la revolución. Este choque y estas proyecciones están ya contenidas en la "Tesis de Pulacayo".

Si tomamos en cuenta la gran cantidad de documentos sindicales que han aparecido antes y después de 1946, otro de los indiscutibles méritos del documento de Pulacayo radica en que señala con claridad el importantísimo rol que juega el proletariado en un país atrasado. Mientras el país esté sometido a la opresión imperialista y la clase obrera siga siendo estrata social explotada, la vigencia de la "Tesis de Pulacayo" no puede ofrecer la menor duda. Esto es lo que, por su lado, sostiene el dirigente sindical Daniel Saravia. Transcribimos lo que sigue de una conferencia que pronunció en el católico Instituto Boliviano de Estudios Sindicales: "Se inicia el negro período del sexenio, semejante al actual período de restauración oligárquico-militar-imperialista. En 1946 el sector más importante del proletariado, el decisivo en las luchas político sociales, se puso definitivamente a la vanguardia, al aprobar_ la famosa "Tesis de Pulacayo", que sirvió de orientación a todo el movimiento político y social de los trabajadores, como herramienta teórica que hizo posible el 9 de abril. Aún hoy, en las condiciones de restauración oligárquica ese documento vuelve a tener valor, porque significa un análisis certero y justo de la realidad boliviana y el papel de los trabajadores en nuestro desarrollo histórico" ²⁷.

5 JUAN LECHÍN OQUENDO

No compartimos el criterio de quienes sostienen que no es posible todavía presentar con la suficiente necuanimidad el rol que ha jugado o juega el señor Juan Lechín en la política y el movimiento obrero boliviano, esto porque siendo un contemporáneo nuestro no es posible analizar su conducta dentro de la perspectiva histórica. Esta objeción puede ser valedera tratándose de personajes que actúan de acuerdo a ideas y programas de largo alcance y cuya justeza o no, sólo puede probarse a la luz de los acontecimientos. El teórico debe ser valorado no tanto por lo que hace en el presente como por la repercusión de sus ideas en el futuro. El activista y el organizador se agotan en los días que le sirven de escenario. El señor Lechín no es más que la actuación del momento y toda su persona se hunde en el pasado. Nada nos ofrece para poder proyectarlo en las épocas venideras. Sus éxitos, sus derrotas y su relumbrón siempre han sido fugaces y es difícil encontrar en él algo perdurable. Sin embargo, forma parte de la clase obrera boliviana; es un momento de la historia admirable de los mineros y del pueblo todo. Aclaremos, se trata de un momento transitorio, del paso de la clase obrera sometida a influencias extrañas hacia su liberación ideológica y organizativa. Por todo esto nos parece que no se comete ninguna arbitrariedad en presentar su retrato y juzgarlo.

Su amigo Barcelli, sobre cuya benévola e interesada parcialización no es necesario insistir, le dedica un esbozo biográfico y lo coloca junto a Lenin. Por este autor sabemos que nació el año 1914 en Corocoro, en ese entonces todavía uno de los centros mineros más importantes del país, porque en él se concentraba una enorme masa obrera, en cuyas capas subterráneas bullían las ideas de avanzada. Mas, sería equivocado sostener que el siempre agitado Corocoro decidió el destino del futuro líder. No olvidemos que recién a los treinta años toma contacto con el movimiento obrero y con las ideas políticas, es decir, a una edad en la que generalmente todo rebelde ya tiene su historia.

Muy joven abandonó sus estudios secundarios para seguir cursos de contabilidad (fue alumno del Instituto Americano, colegio al que envía sus hijos la clase media arribista). Su biógrafo añade que abandonó sus estudios para poder ganarse el sustento diario trabajando. "Atraído por las actividades deportivas se distinguió como magnífico futbolista y basketbolista". Estos antecedentes prosaicos nos permiten descubrir al que se convertirá en vitalicio Secretario Ejecutivo de la Federación de Mineros y en dirigente político de primera importancia. Marchó como soldado a la Guerra del Chaco y "por su acción distinguida en Cuatro Vientos y Kilómetro Siete" alcanzó el grado de sargento. La hoja de servicios de miles de ciudadanos está llena de iguales antecedentes. Los revolucionarios, los hombres de izquierda, lucharon contra la guerra, fueron apresados y purgaron su osadía en el confinamiento, el destierro y las cárceles. Los más apasionados murieron en las arenas del Chaco, ante el pelotón de fusilamiento por derrotistas

27.- Daniel Saravia Q., "Estructura sindical en Bolivia", IBEAS. La Paz, junio de 1968.

(los jefes militares los llamaban despectivamente "izquierdistas"). Se puede concluir que Lechín fue arrastrado por la corriente patriótica y que no se paró a analizar el significado de la guerra; no era un hombre de pensamiento y no compartía las inquietudes de los mejores de su época. Era el deportista que no deseaba incursionar en honduras. Volvió del Chaco tal como ingresó. Para grandes capas de combatientes la guerra importó un verdadero sacudimiento espiritual e ideológico, les obligó a buscar soluciones para la tragedia y la bancarrota nacionales. Esos jóvenes que hacían del problema del país su problema, se radicalizaron invariablemente y dieron nacimiento a los núcleos que más tarde definieron la suerte de la política. El MNR ha repetido hasta el cansancio que su ideología resume las esperanzas de los hombres que tan generosamente regaron con su sangre los sedientos desiertos chaqueños. El joven Lechín, de recia contextura física y apolínea estampa, es extraño a todo este proceso.

¿Cómo entonces ha podido convertirse en el caudillo de los trabajadores? ¿Cómo ha podido sobreponerse a los viejos dirigentes sindicales y a los ideólogos de izquierda, que venían batallando apasionadamente desde hacía mucho tiempo? Los factores que determinan el encumbramiento de Lechín pueden ser resumidos en la siguiente forma: la bancarrota del stalinismo como dirección sindical; la carencia de un poderoso partido de la clase obrera; la propaganda y el aparato estatal es puestos al servicio del nuevo dirigente ²⁸.

Lo primero que tiene que anotarse es que Lechín llega, en 1944, a la Federación de Mineros sin ostentar antecedente sindical alguno y cuando era militante nuevo (no dirigente) del MNR en el poder, partido al que se había adherido en 1943. Es falsa la información en sentido de que "una vez desmovilizado entró a trabajar como obrero en las minas en donde se distinguió por su infatigable labor en pro de la organización sindical de los mineros". No existe un solo documento y ni siquiera el testimonio de persona alguna que pueda certificar la ingerencia de Lechín en las cuestiones sindicales antes de 1944. Trabajó por breve tiempo en Siglo XX, donde se hizo famoso solamente como futbolista y hombre fuerte en los antros de diversión.

Nuestro héroe se complace en deformar la realidad y en aparecer como un elemento que siempre se preocupó por la suerte de los obreros y estudió sus problemas: "Mis primeros años transcurrieron modestamente en los medios obreros. Desde joven, muy joven, me apasionó la causa de los mineros. Conocí sus dolores y palpé sus difíciles condiciones de vida. Más tarde, di a conocer mi pensamiento y sufrí muchas persecuciones ... " ²⁹.

Después de la revolución del 20 de diciembre de 1943 fue nombrado Subprefecto de la Provincia Bustillo (Siglo XX-Catavi). Por entonces esa autoridad tenía alguna importancia en los distritos provinciales y en las minas estaba obligado a exigir a las poderosas empresas el cumplimiento de las leyes. En cierta oportunidad Lechín tuvo un serio altercado con el administrador de la Patiño, hecho que seguramente llegó a conocimiento de algunas capas de trabajadores, tan deseosos de que alguien pudiese poner en orden a los prepotentes gringos. A pesar de que en esa época era un movimientista ajeno a los problemas e inquietudes de los mineros, para éstos fue una buena autoridad.

El gobierno, particularmente el MNR, decidió organizar una fuerte entidad sindical con los trabajadores de las minas, que ya se habían emancipado del control pirista. Se trataba de asestar un golpe maestro al frente rosca-stalinismo que actuaba en el campo laboral a través de la agonizante CSTB. En 1944, nace la actual Federación de Mineros, en el congreso de Huanuni, el primero de su serie. No pocos sostienen que la intensa actividad desenvuelta por Lechín culminó en esa reunión. Este es uno de los tantos equívocos interesadamente propalados acerca de la vida del dirigente minero. Correspondió al Sindicato Mixto de Huanuni (los militantes del oficialismo habían logrado marginar de su dirección toda influencia de los marxistas hermanos Moisés) tomar a su cargo toda la pesada labor preparatoria del congreso, como demostramos documentadamente en el lugar pertinente. El cerebro y la voluntad de tales trabajos fue Emilio Carvajal, un emeenerista de importancia, que actuó en el parlamento, llegó a ser Presidente de la COMIBOL y finalmente, emigró a la Argentina. Lo cierto es que Lechín no movió un solo dedo en la etapa anterior a la reunión minera.

Para sorpresa de los que asistieron a Huanuni (algunos genuinos representantes de las bases y otros producto de auto designaciones), la delegación de Catavi incluía al señor Lechín. Acaso no todos sabían que se trataba de una autoridad provincial con asiento en Uncía. Los dirigentes Veneros, Gaspar y

28.- Guillermo Lora, "La revolución boliviana". La Paz, 1969.

29.- Raúl Aldunate P., "Tras la cortina de estaño". Santiago de Chile, 1955.

otros han revelado que fueron ellos los que, a espaldas de los obreros proporcionaron al que más tarde se convirtió en indiscutible portavoz de la FSTMB una credencial elaborada en nivel de dirección únicamente y así pudo integrarse en el congreso como representante de la mina más importante. ¿Por qué procedieron así los obreros más esclarecidos? No precisamente impulsados por simples sentimientos de amistad o buscando el asesoramiento de un elemento tecnificado en cuestiones y maniobras sindicales. Se descubre fácilmente la mano del gobierno, que estaba interesado en controlar de cerca a la nueva organización por medio de elementos incondicionales. El obrero de base, que a diario sufre la presión de sus compañeros, es el menos señalado para actuar como quinta columnista de un régimen interesado en limitar las actividades de las agrupaciones laborales.

En el congreso de Huanuni fue designado como Secretario General (en ese entonces el cargo más elevado dentro de la jerarquía sindical) de la Federación de Mineros, Emilio Carvajal, en merecido reconocimiento de su capacidad de los trabajos que había realizado para lograr la organización de la nueva central. Lechín fue encargado de la Secretaría Permanente (que tenía a su cargo realizar los trámites cotidianos, administrativos y ejecutar los acuerdos tomados). Todavía en 1945 firmaba los documentos sindicales en calidad de tal. A nadie se le ocurrió proponer la creación de la Secretaría Ejecutiva, porque se apartaba completamente de las tradiciones organizativas del sindicalismo. Sólo más tarde sería ideada la innovación para permitir a un dirigente convertirse en autócrata dentro de la Federación. Fue idea de los congresistas instalar en La Paz una oficina, a cargo del Secretario Permanente, a fin de que pudiese realizar ante las autoridades los trámites a que obliga la actividad cotidiana. Lechín debutó, pues, en la Federación de Mineros como una especie de funcionario de segunda línea.

Bien pronto la Secretaría Permanente se convirtió en un puesto clave y desde él el señor Lechín trabajó sin descanso para reemplazar a Carvajal en la dirección sindical. Por este camino, más que llevar a las masas ideas revolucionarias, buscaba ganar influencia política dentro del partido de gobierno. Supo granjearse gracias a su devoción al trabajo y a sus dotes de simpatía personal, la amistad y la buena voluntad tanto de las autoridades del Ministerio de Trabajo como de los mismos obreros. Mostraba una envidiable diligencia en la solución de pequeños conflictos sindicales. Cuando se realizó el segundo congreso minero, en Potosí, en julio de 1945, Lechín era ya dueño de la organización y fue designado como su Secretario Ejecutivo. Esa reunión aprobó un tímido pliego de reivindicaciones inmediatas y un obsecuente voto de aplauso y gratitud en favor de Germán Monroy Block, Ministro de Trabajo.

El origen espurio del liderato de Lechín pudo darse porque el stalinismo (PIR) dejó a los sindicatos virtualmente sin dirección y a merced del gobierno, que acentuaba su campaña obrerista, a fin de ampliar su base de sustentación. Durante la Segunda Guerra Mundial, el PIR se orientó a sabotear todo pedido laboral de mejoramiento económico y, como respuesta a esta traición flagrante, los obreros se mostraban dispuestos a apuntalar a cualquiera que saliese a defender sus derechos. La Federación de Mineros nació como movimientista y por algún tiempo mantuvo inalterable su incondicional adhesión al gobierno. Lechín no puede ser considerado como el factor que contribuyó decididamente a crear este estado de cosas; sino, más bien como el elemento que supo sacar mucha ventaja de él.

De una manera general, el líder obrero, sea que pertenezca al campo revolucionario o no, ha sido siempre aquel que se ha identificado en alguna forma con la clase, ya por provenir de ella, bien porque ideológicamente se ha asimilado a los trabajadores o ya por haberse colocado a la cabeza de las masas en la lucha por sus reivindicaciones inmediatas. Los que han dejado huella en la vida sindical y han descollado en el liderato, no se han contentado con no renegar de su pasado proletario, sino que lograron convertirse en teóricos de su clase, no importando que sus planteamientos hayan sido acertados o erróneos. Esto ocurre con el caso de los dirigentes sindicales marxistas y también tratándose de los reformistas y amigos del capitalismo. Como ejemplo de este último caso tenemos a Lewis y Reuther ³⁰ este último ha dedicado mucho tiempo a teorizar acerca del porvenir del actual modo de producción y de la naturaleza del proletariado. Lechín no pocas veces se ha esforzado por parangonarse con John Lewis, líder norteamericano de las organizaciones mineras. Otros han dedicado prácticamente toda su existencia a fortalecer materialmente a las organizaciones obreras y han llegado a la conclusión, falsa por supuesto de que fuera de ellas no hay ninguna posibilidad de luchar por el bienestar de los explotados. Gompers encarna esa pasión y esa tendencia ³¹.

Lechín es un caso sorprendente, pues es el líder sindical que permanece, en su forma de vivir, actuar

30.- Walter L. Reuther, "Ideario de un sindicalista". Buenos Aires, 1964.

31.- Samuel Gompers, "Sesenta años de lucha y de trabajo". México, s/f.

y pensar, totalmente extraño a los trabajadores. No se identifica con ellos teóricamente, su barniz marxista no ha podido resistir las primeras lluvias y en su vida privada (donde campea el arribismo social y la molicie) ha puesto especial cuidado en aburguesarse. Está muy lejos de ser el ideólogo de los trabajadores, porque políticamente representa las ideas pequeño-burguesas en el seno del movimiento obrero. Dicho de otra manera, es el líder de las manifestaciones obreristas del MNR, incluso cuando actúa como Jefe del Partido Revolucionario de Izquierda Nacional, esto siempre que se conceda transcendencia a sus contradictorias expresiones políticas. Si se observa con atención su conducta llena de altibajos, de constantes volteretas, se llega a la conclusión de que para él las especulaciones ideológicas no tienen más finalidad que encubrir las maniobras a las que le obliga su necesidad de permanecer como dirigente laboral. El obrero que se eleva hasta el marxismo, es decir, que llega a expresar conscientemente los intereses históricos de su clase, parte de la evidencia de que la práctica diaria debe estar guiada por una clara doctrina. Esto no es posible exigir a Lechín, pero tampoco el sindicalismo que se desarrolla entre los obreros es para él un fin. El movimiento sindical le ha servido para escalar ciertos escalones políticos, en una carrera que sigue una dirección opuesta al camino señalado por los trabajadores de vanguardia.

El gobierno Villarroel-MNR, impulsado por sus propias necesidades, contribuyó en mucho a la movilización de las masas (ciertamente no era para liberarlas, sino para servirse de ellas), y, sin darse cuenta, así "llevó a su propio seno el germen de su destrucción". El asalariado, que tiende a cobrar autonomía ideológica y organizativa, no bien ha sido puesto en marcha, amenazó peligrosamente en superar los lineamientos de la política gubernamental y buscó seguir su propio camino (independencia de clase). El fenómeno se acentuó en la postrimerías del régimen y ya no se podía prever que maduraba el enfrentamiento de las masas con el oficialismo. Esta tendencia constituyó el punto de partida de la actuación revolucionaria. Lechín jugó su papel en este proceso, pero lo hizo de un modo empírico, reflejando, acaso sin darse cuenta, las tendencias en pugna dentro del movimiento obrero, oscilando entre las posiciones del oficialismo y los postulados de la izquierda marxista.

El PIR, que ya había catalogado al dirigente minero como a uno de sus peores enemigos, veía las cosas de otra manera y ni siquiera logró percatarse de la existencia del fenómeno citado más arriba. Se le antojaba que los mineros se habían convertido en nazifascistas y que estaban condenados a actuar como simples fichas en manos del gobierno. No tenía más interés que ganarse la confianza de la derecha rosquera y combatir al gobierno Villarroel desde la trinchera contrarrevolucionaria. Por esta razón fue perdiendo prácticamente a su militancia obrera. La oposición al gobierno desarrollada por la vanguardia proletaria partía de posiciones clara e inconfundiblemente radicales. Por otro lado, el régimen RADEPA-MNR concluyó capitulando en toda la línea frente al imperialismo norteamericano, antecedente que bien pronto fue echado al olvido. El distanciamiento entre el oficialismo y las masas se acentuaba cada día más.

El señor Lechín hace su aprendizaje teórico (vino al movimiento obrero muy tarde y sin bagaje doctrinal alguno y lo más que se le puede asignar es buena voluntad) en esta escuela de radicalismo. El dirigente sindical que no es educado por un partido revolucionario y que no maneja los elementos esenciales de la teoría, se convierte en un empírico que para orientarse no cuenta más que con los modestos recursos de su instinto; lo normal es que este "dirigente", en el mejor de los casos, sea apenas un seguidista de las masas. Sin embargo, un elemento virgen de conocimientos políticos recibe de manera más directa la influencia de las bases sindicales y de modo inevitable, la deforma al reflejarla. Víctima de este proceso y hay que suponer que honestamente, Lechín decidió relacionarse con el Partido Obrero Revolucionario (que en esa época recién insurgía a la palestra pública) y alejarse del MNR (en algún momento habló de romper con el oficialismo) por considerar -como él mismo nos dijo- que esta organización estaba incapacitada para libertar a los explotados. Su incipiente evolución política nos permite afirmar que esa decisión, materializada de manera por demás contradictoria, no influyeron consideraciones teóricas y sí solamente la presión de las capas más avanzadas del proletariado que comenzaba a desmovimentizarse. Por muchas razones su experiencia política soportó la influencia del trotskismo, que venía realizando una vigorosa campaña entre los mineros.

El que era ya indiscutido dirigente obrero no ocultó sus simpatías hacia el Partido Obrero Revolucionario y llegó a asistir a los cursos de capacitación que algunos de sus militantes dictaban en la ciudad de la Paz. De esta época data su amistad con Lora, dirigente porista, en quien veía a su inspirador ideológico. Los jóvenes políticos marxistas recibieron con los brazos abiertos al capo sindical por dos razones: veían en él a un elemento predispuesto a convertirse en caudillo revolucionario y consideraban que podía servir de canal para la penetración del trotskismo en los medios sindicales. En cierto momento Lechín cumplió

debidamente este último papel.

Para llegar a ser un adepto de la ortodoxia marxista es preciso comenzar por conocerla; desgraciadamente no todos pueden llegar a ser discípulos aplicados. Lechín no alcanzó a deletrear el "Manifiesto comunista" y todos los esfuerzos hechos para convertirlo en un estudioso de la doctrina de Marx resultaron inútiles. Ni siquiera el aprendizaje elemental pudo ser llevado a buen término. El alumno demostró muy pronto uno de sus defectos que contribuyó a definir toda su vida política posterior: no teniendo la práctica del estudio le resultaba sumamente doloroso asimilar los textos. No sólo que llegó tarde a la política, sino que traía una serie de vicios adquiridos en el pasado. Es posible que el resultado negativo hubiese sido, en parte, el resultado de las deficiencias pedagógicas de los inexpertos profesores.

Durante los acontecimientos del 21 de julio de 1946 e inmediatamente después, Lechín actuó como militante porista y parecía no ofrecer resistencia a presiones y al control partidista. Fue durante el terrible sexenio que se afilió secretamente al Partido Obrero Revolucionario y hubo necesidad de que un militante trotskysta permaneciese a su lado para orientar sus actos y sus palabras. Equivocadamente la dirección del POR pretendió, mediante una ficción, someter a la disciplina partidista a quien no había asimilado el programa. Esta es, indiscutiblemente, su época de mayor radicalismo y su popularidad de entonces, no puesta en duda, no tiene paralelo en nuestra historia social. Se ha dicho malévolamente que los trotskystas fueron los encargados de labrar el prestigio de un falso ídolo. El agigantamiento de Lechín ha sido una de las manifestaciones de la radicalización de las masas, que entusiastamente apuntalaban a un dirigente que con osadía se identificaba con los seguidores de Trotsky.

A pesar de todo esto y gracias a que la situación política se puso tensa, saltó a primer plano uno de los aspectos negativos de la personalidad del caudillo obrero: miedo a librar la batalla final que, consiguientemente, se traduce en el afán de concluir componendas con el adversario de clase. Se le antoja la revolución como el mayor de los casos y naturalmente se inclina hacia las reformas legalistas. Esa es la versión que da a las presiones ejercitadas sobre él por el movimiento de masas. Esta actitud, perjudicial para el movimiento revolucionario, si bien está en gran medida determinada por las características personales del dirigentes, débese a que no ha logrado comprender en qué consiste la doctrina marxista. La revolución tiene sus propias leyes y constituye el antecedente necesario para establecer una sociedad superior. Un individuo inclinado a la pereza, a la comodidad y hasta a los vicios peculiares de la burguesía decadente, no tiene posibilidades para comprender la grandiosidad que encierra la vida del revolucionario, que tiene que ser puro renunciamiento y sacrificio.

La "Tesis de Pulacayo", como ya se tiene indicado, se aprobó a sus espaldas. La ocupación obrera de la mina de "San José" fracasó debido a sus dudas, a su interés por concluir un acuerdo con el gobierno rosquero y a su descarado boicot. Entró en tratativas con el gobierno que sucedió a Villarroel, particularmente con su ala pirista. Se tienen datos en sentido de que comprometió su ayuda a la candidatura de Hertzog³². Conspiró en alianza estrecha con el Ministro de Trabajo Monasterio (conocido pursista) para eliminar a los trotskystas en el congreso de Telamayú. Llegó por primera vez al parlamento como miembro del Bloque Minero Parlamentario (resultado del frente político formado por el POR y la FSTMB) y desde el Senado continuó esa su política de no molestar demasiado a los dueños del poder. En esa época y después se limitó a leer los documentos elaborados por terceras personas. Una recopilación de sus discursos constituiría un ejemplo acabado de incongruencias.

Su estrecha amistad con Seleme (Ministro de Gobierno del General Ballivián) le permitió convertirse en el puente entre éste y los conspiradores movimientistas, vale decir, es una de las fichas importantes del trabajo preparatorio que concluyó en la conspiración del 9 de abril de 1952. Participó activamente en el desarrollo de estos últimos acontecimientos. Este dato, que hasta ahora nadie ha puesto en duda, viene a desmentir la difundida tesis de su cobardía física, que siempre le habría aconsejado abandonar discretamente el escenario de los acontecimientos decisivos, como ocurrió en mayo de 1949 y rehuir las responsabilidades, conforme demuestra su conducta después de la masacre de siglo XX.

Desterrado después de estos últimos acontecimientos, intentó, en 1950, ingresar clandestinamente al país, habiendo sido detenido cerca de la frontera y nuevamente desterrado a Arica, de donde pasó al Perú (en este país fue encarcelado por breve tiempo). Estos antecedentes fueron utilizados para fraguar la leyenda de su martirologio. Se dice inexactamente que conoció todas las prisiones bolivianas. Con

32.- Guillermo Lora, "La burocracia sindical y la masacre de siglo XX". La Paz, 1963.

anterioridad, otros revolucionarios aparecieron una y otra vez en territorio nacional, con la decisión de asumir la defensa de los mineros que se encontraban encarcelados y de acusar públicamente al gobierno de la rosca por los luctuosos sucesos de mayo, cosa que ya lo hicieron en el exterior.

“El Diario” de 8 de mayo de 1950 abrió su edición con un titular a toda página que decía: “Juan Lechín fue detenido en Puerto Acosta. Ha sido exiliado nuevamente al puerto chileno de Arica”. Su texto, presentado a doble columna, contiene, entre otros, los siguientes párrafos: “... cuando trataba de ingresar subrepticamente al país fue detenido en la propiedad de Carlos Saiduni, situada a pocos kilómetros de Puerto Acosta, en la madrugada del viernes pasado (5 de mayo) y traído a esta ciudad el sábado a horas tres de la tarde, habiendo permanecido incomunicado en la Brigada Departamental de Carabineros...” “... En la madrugada de ayer domingo (7 de mayo), Lechín fue trasladado al puerto de Arica fuertemente custodiado”.

Durante el período de preparación del 9 de abril de 1952 abandona su actitud de aproximación al POR y da la impresión de haberse integrado nuevamente al MNR. La victoria de este partido importa para Lechín la llegada al poder (será Ministro de Minas y posteriormente Vicepresidente).

El 9 de abril acentúa la radicalización de las masas y el dirigente obrero se ve obligado a expresar este fenómeno en lenguaje prestado. Repite nuevamente y esta vez desde los balcones del Palacio de Gobierno, las consignas trotskystas. Como es tradicional en él, entre sus palabras y sus actos media un profundo abismo. Sus discursos rezuman marxismo ortodoxo y su actitud como gobernante expresa su permanente capitulación ante Víctor Paz, vale decir ante el imperialismo norteamericano. Esta dualidad le permitió transformarse bien pronto y acaso sin darse cuenta, en válvula de seguridad de un régimen que nada tenía de obrero y antiimperialista (periódicamente desviaba y debilitaba la creciente presión e las masas sobre los deleznablemuros del movimientismo), en freno del descontento popular, como él mismo indicó en la Sexta Convención del MNR.

Planteó públicamente la inmediata nacionalización de las minas (sin indemnización alguna) y de modo obrero. Pareció estar conforme cuando la Central Obrera Boliviana se pronunció en favor de la nacionalización de la tierra, repudiando así la parcelación de las grandes haciendas y la política que buscaba transformar a la masa campesina en pequeña propietaria. Se presentó como paladín de la destrucción definitiva del ejército de casta al servicio de la reacción y propugnó su sustitución con las milicias obrero-campesinas. Sobre todo esto discursó y a veces hasta con elocuencia, porque así complacía y distraía a los trabajadores deseosos de construir una sociedad nueva y que habían tomado en serio la tarea de llevar a su punto culminante el proceso revolucionario. Pese a todo lo anterior, como Ministro de estado firmó decretos que atentaban directamente contra dichos planteamientos radicales. La nacionalización se hizo de un modo burgués, se reconoció a las grandes empresas una indemnización graciosa e injustificada, al mismo tiempo que se sentaban los antecedentes que permitirían en un futuro próximo el desplazamiento de los obreros de la administración de las minas. La reforma agraria se limitó a convertir a los siervos en pequeños propietarios y a dejar abiertas las compuertas para que se filtrasen excepciones que concluyeron poniendo a salvo a parte de los intereses gamonales.

Lechín declamó en los primeros momentos de la revolución: “Para el proletariado boliviano, los mineros que no olvidan las sangrientas represalias, nada quieren saber de ese ejército. La defensa de nuestra revolución, de las jornadas de abril que la hicieron los trabajadores del país, está en sus propias manos. Será el proletariado armado, con las armas que arrebató al militarismo, al ejército, que defenderá y respaldará a su gobierno. Nada queremos saber del ejército de galones, botas y espadas logradas en victorias sobre pueblos explotados. Es el ejército del overol, con el fusil al hombro y su convicción, el que salvará al país y lo defenderá de sus enemigos. Son las milicias obreras y campesinas las que enarbolarán el estandarte de la revolución, las que ocuparán el lugar de los generales”³³. El mismo Lechín que discursó en forma tan airada concluyó asestando una puñalada a la revolución boliviana. Suscribió el decreto de reorganización del ejército y de reapertura del Colegio Militar. Esta medida importó, como se ha tenido oportunidad de comprobar, un rudo golpe a ese pueblo que arrancó las armas al ejército oligárquico y que estructuró las milicias obrero-campesinas. El traspie le costó muy caro al líder cobista, pues tuvo que soportar en carne propia la bestial represión desencadenada por el militarismo en el poder.

En el mes de abril de 1952 se constituyó la Central Obrera Boliviana, dentro de los lineamientos de la “Tesis de Pulacayo”, es decir, como comando nacional en manos del proletariado. Lechín, casi de manera

33.- “Lechín y la revolución nacional”. La Paz, s/f.

mecánica, fue designado su Secretario Ejecutivo vitalicio. La nueva Central Obrera se limitó a seguir los vaivenes de la revolución y la suerte corrida por la correlación interna de fuerzas políticas. En la primera época era el verdadero poder y Víctor Paz se vio reducido a la condición de su virtual prisionero; pero, bien pronto fue perdiendo su poderío hasta concluir como simple instrumento del oficialismo. Lechín fue el artífice de esta transformación, o mejor, de esta degeneración. El sindicalismo volvió a servirle de palanca para que pudiese alcanzar sus menguados fines personales.

El gobierno movimientista tuvo como punto de partida un furioso antiimperialismo y acabó postrándose servilmente ante el Departamento de Estado (permitió que el Pentágono se apoderase del país e instalarse en territorio boliviano a su criatura castrense), evolución común de todos los movimientos populares timoneados por la pequeña burguesía. Las dificultades emergentes o inevitables del proceso de transformación fueron transferidas, con una simpleza admirable, a los Estados Unidos, de manera que éste fortaleció su condición de amo del país, tanto en el terreno de la economía como de la política. Bajo el régimen movimientista se cumplió la exigencia yanqui de arrinconar más y más a las agrupaciones revolucionarias y sindicales. Lechín, dada su condición de máximo dirigente sindical, de gobernante y movimientista, lo último por su mentalidad y por su conducta, no fue ajeno a esta evolución. Abandonó, aunque no definitivamente, sus veleidades marxistas y se marchó hasta la trinchera pro-imperialista, bautizada por él como postura revolucionaria nacionalista y llamada también de la izquierda nacional. A partir de este período sostiene la teoría de que sin ayuda norteamericana es inconcebible cualquier profunda transformación en el país; la revolución para marchar hacia adelante necesitaría nada menos que las andaderas proporcionadas por el imperialismo (es decir, por el peor enemigo de la revolución).

El objetivo de su lucha diaria no se presta a ningún equívoco: ganar la confianza del Departamento de Estado, para así poder llegar hasta la Presidencia de la República. Eso es lo que se deduce de todas las maniobras que públicamente ha ejecutado. A esta categoría corresponden su auto proclamación de líder anticomunista, su viaje a Formosa y su homenaje a Chang Kai Shek, su complicidad en la persecución a los dirigentes marxistas cuando era gobernante y su ostentoso servilismo frente a los Estados Unidos.

El señor Lechín considera que la habilidad política consiste en nadar permanentemente en dos corrientes. En aproximarse públicamente a partidos de centro y de derecha y en mantener pactos secretos con los extremistas, debido a que estos recursos pueden concluir cubriéndole las espaldas. No en vano es dirigente obrero y tiene que evitar que su entreguismo acabe con su popularidad entre las masas y su mismo porvenir político. Subrepticamente ha explicado a algunos obreros que sus contactos con el imperialismo, su anticomunismo y su afán por concluir componendas con la derecha no son más que recursos lícitos para capturar el poder, que sería utilizado por el jefe prinista para cumplir un programa revolucionario y obrero. Se trataría, pues, de que la materialización de tan loable fin justifique el empleo de medios aparentemente contrarrevolucionarios. El empirismo, tanto sindical como político, acaba siempre perdiendo de vista la finalidad última de la lucha y se diluye en la mera actividad diaria. Dicho de otra manera más breve: desemboca en el reformismo. "La meta final, no importa cual sea, no significa nada; el movimiento lo es todo" (Bernstein). Para los marxistas "entre las reformas sociales y la revolución existe un lazo indisoluble; la lucha por las reformas es su medio; la revolución social, el fin" ³⁴. Al reformismo se llega después de desligar los medios del fin, considerándolos como categorías independientes.

Las capas burocratizadas de la dirección sindical se han distinguido siempre por su excesivo cinismo de la adopción de medios contrarrevolucionarios, es decir, inmorales y que se ha pretendido justificar con el argumento de que conducen al triunfo de la clase obrera, si por el medio está el líder de turno. En esos círculos ya no se discute la validez de la fórmula: "El fin justifica los medios", se la aplica de una manera muy natural. La triste experiencia de Lechín viene a demostrar que no todos los medios conducen al triunfo de la revolución. El entreguismo, todo lo que obstaculiza la formación de una clara conciencia clasista, lo que divide a la clase obrera o la subordina ideológica, política y organizativamente a partidos políticos que le son extraños, todo esto no hace más que alejar de la revolución social a los trabajadores. Lechín no ha hecho otra cosa que dar las espaldas a la misión histórica del proletariado y definitivamente se ha apartado del camino revolucionario.

El marxista inspira su conducta diaria en una otra concepción. Existe una interdependencia dialéctica entre el fin y los medios. "Está permitido todo lo que conduce realmente a la liberación de la humanidad...

34.- Rosa Luxemburgo, "Reforma o revolución". México, 1939.

Sólo son admisibles y obligatorios los medios que acrecen la cohesión revolucionaria del proletariado, inflaman su alma con un odio implacable por la opresión, le enseñan a despreciar la moral oficial y a sus súbditos demócratas, le impregnan con la conciencia de su misión histórica, aumentan su bravura y su abnegación en la lucha. Precisamente de eso se desprende que no todos los medios son permitidos. Cuando decimos que el fin justifica los medios, resulta para nosotros la conclusión de que el gran fin revolucionario rechaza, en cuanto medios, los procedimientos y métodos indignos que alzan a una parte de la clase obrera contra las otras; o que intentan hacer la dicha de los demás sin su propio concurso; que reducen la confianza de las masas en ellas mismas y en su organización sustituyendo tal cosa por la adoración de los "jefes". Por encima de todo, irreductiblemente, la moral revolucionaria condena el servilismo para con la burguesía y la altanería para con los trabajadores" ³⁵.

No corresponde a la verdad la especie de que el famoso enunciado de "el fin justifica los medios" hubiese sido lanzado por los jesuitas o alguna otra secta del catolicismo. El argumento fue esgrimido por los enemigos de los seguidores de Ignacio de Loyola. La fórmula está claramente expresada en "El Príncipe" de Maquiavelo. "La Compañía de Jesús ha manifestado expresamente esta tesis y aunque en varios casuístas jesuitas se encuentra la doctrina de que a quien se le promete el fin ha de autorizársele también los medios necesarios, siempre con la limitación de que un mal medio sigue siendo siempre repudiable" ³⁶.

Dentro del MNR se formó el ala izquierda, que comenzó a perfilarse y actuar sin que Lechín se diese cuenta de ellos. Esta izquierda apareció, en gran medida, como el reflejo deformado de la presión ejercitada por los obreros y campesinos sobre el partido de gobierno, a fin de que este último pudiese materializar sus aspiraciones más apremiantes. Este hecho no quiere decir que esa ala izquierda hubiese llegado a actuar como vanguardia proletaria o hubiese convertido a la alianza obrero-campesina en el eje de su estrategia. Se limitaba a expresar imperfectamente -repetimos- la presión que recibía desde el exterior, fenómeno que es común a los partidos populares. El lechinismo (hablando con propiedad, la camarilla formada alrededor del caudillo) supo sacar ventaja política de este hecho, pues utilizó a los explotados como fuerza de presión sobre el gobierno.

La clase obrera se encaminaba a actuar como fuerza independiente del régimen movimientista. Así se expresaba su independencia de clase y las primeras cristalizaciones de su conciencia. La actuación de Lechín frente a este proceso fue francamente reaccionaria. Su finalidad puede resumirse como el empeño por entregar a los trabajadores y a los campesinos a la tutela pequeño-burguesa. Se identificó con el gobierno, con su programa y con toda su ideología. El ala izquierda se limitó a criticar ciertos defectos administrativos, pero no los grandes objetivos formulados desde el gobierno. Juntamente con Víctor Paz ideó la descomunal impostura del co-gobierno MNR-COB y que no tenía más finalidad que la de hacer consentir a los obreros y campesinos que se encontraban en el poder, que el MNR era su propio partido y gobierno y que, por lo tanto, estaban obligados a someterse dócilmente a la dirección pequeño-burguesa y a soportar parte de las cargas que implicaban las medidas puestas en práctica. La tesis pecaba de mala fe, porque el partido de la clase obrera, lejos de haber llegado al poder, estaba perseguido. A pesar de su falacia, el cogobierno demostraba que en Bolivia se había operado una sorprendente movilización masiva y que mañana, volviendo a ponerse en pie, podría barrer con el mismo MNR. Por estas consideraciones el Departamento de Estado ordenó dar fin a tal estado de cosas y proceder al aplastamiento de las organizaciones populares y sindicales. En la práctica, el cogobierno se reducía a la participación de la izquierda movimientista (que tenía el control virtual de la COB) en el gobierno. Los lechinistas tenían sobradas razones para luchar por un mayor control de la Central, ya que esto les daba una serie de ventajas y les permitía organizar a sus parciales. El otro factor del co-gobierno era el centro pazestensorista del MNR.

En ciertos momentos la fuerza del MNR y de su gobierno radicaba en el apoyo del lechinismo. Ahí se agrupaba el grueso de la militancia movimientista y por este canal podía capitalizar en su favor la presión de las masas venida desde fuera del partido oficial. A pesar de esta evidencia, el lechinismo no pudo o no quiso desarrollar su propia política hasta las últimas consecuencias. Fabricó la presidencia de connotadas figuras derechistas que, como era natural, ejecutaron planes francamente antipopulares y proimperialistas. Poco importa que ellas se llamen Víctor Paz Estenssoro o Hernán Siles. Este solo antecedente demuestra que el lechinismo hizo suyo el programa de gobierno del MNR y coadyuvó a su

35.- León Trotsky. "su moral y la nuestra". Santiago de Chile, 1959.

36.- Miller, "El poder y los secretos de los jesuitas". Madrid, 1929.

cumplimiento. Sólo la irresponsabilidad y el oportunismo pudieron permitir que prosperase la especie de que el ala izquierda (ahora P.R.I.N.) no tiene nada que ver con lo hecho por el régimen movimientista. El

apoyo de Lechín (en ciertos momentos era el único apoyo que contaba) a los presidentes que a su turno desfilaron como expresión del MNR no fue del todo desinteresado, pues a cambio de ello logró el control de ciertos resortes gubernamentales y que a algunos hizo decir que tenía el poder detrás del trono. Surge la conclusión de que, además de influir en la orientación de los regímenes movimientistas, supo darse modos para medrar a la sombra del poder.

El dirigente sindical se subordinó íntegramente al político emeenerista, vale decir, al político extraño al movimiento obrero. Los trabajadores han estado de paso por el MNR y su propia madurez les ha obligado a diferenciarse políticamente de la dirección pequeño-burguesa. Dentro de esta perspectiva era evidente la tendencia de los obreros avanzados de sobrepasar las falaces proposiciones del lechinismo. La evolución del ala izquierda fue por demás incompleta, se detuvo en medio camino para no contrariar el viraje derechista del MNR.

Lo que no puede ponerse en duda es la gran capacidad demostrada por Lechín en la tarea de controlar a las organizaciones laborales, a pesar de la creciente radicalización de éstas. En 1952 (y con mayor razón antes) se tenía la impresión de que el Secretario Ejecutivo de la FSTMB se identificaba plenamente con las aspiraciones obreras, y por esto mismo, era muy difícil descubrir las discrepancias ideológicas de los marxistas. Más tarde, el ministro obrero tuvo necesidad de utilizar una serie de subterfugios para encubrir el distanciamiento de los trabajadores con referencia a sus ideas y a su conducta. Esto explica por qué no ha habido ni hay un control ideológico del lechinismo sobre el movimiento laboral. Para materializar el sometimiento de los sindicatos se han utilizado métodos típicamente burocráticos.

El ala izquierda llegó a identificarse con la burocracia sindical, formada alrededor de los privilegios que podían lograrse a través del monopolio de ciertos puestos claves en la administración de las minas nacionalizadas, de las entidades autárquicas y del mismo Estado. Por muy secante que sea el control sindical sólo puede ser provisorio y superficial. Las vicisitudes de la lucha de clases, cuando empujan a las direcciones burocratizadas a la oposición, las condenan al fracaso y a la disolución. El burócrata busca simplemente privilegios y satisfacciones materiales, carece de fe revolucionaria, por esto está incapacitado para recorrer el camino de la lucha desinteresada, larga y sacrificada.

Lo que Lechín buscó hasta el último momento fue defender sus prerrogativas dentro del MNR y del gobierno; tal era el sentido de su postura opositora. La derecha y el pazestensorismo, interesados en poner en orden el campo laboral, coincidían con el imperialismo cuando identificaban a la izquierda revolucionaria y a los obreros con el lechinismo. El MNR como gobierno estaba vivamente interesado en deshacerse de Lechín y en arrinconar a los sindicatos, imitando a Siles, atribuyó al Secretario Ejecutivo de la COB una inquebrantable fidelidad marxista. Esto explica por qué la convención movimientista de 1964 comenzó expulsando del partido oficialista a Lechín y a sus amigos. Estos, contra su propia voluntad, no tuvieron más remedio que organizar su propio partido, el PRIN, como versión vergonzante del MNR y que proyectaba llegar casi inmediatamente al Palacio de Gobierno. La frustración de este último objetivo y el error cometido con referencia a las finalidades y conducta de los jefes militares han determinado el fracaso del PRIN como inmediato sucesor del MNR en el poder.

No se puede negar la importancia de Lechín en la historia de los movimientos obrero y político. Pero, se trata de una importancia efímera, porque no deja nada para el futuro de los sindicatos y de la revolución. Si en un comienzo jugó el papel de canal de penetración del trotskysmo, en los últimos días del régimen movimientista se convirtió en instrumento de la reacción nacional e internacional. La caducidad histórica del MNR es también la caducidad del señor Lechín, que tan tercamente se aferra a las limitaciones ideológicas y políticas del partido pequeño-burgués.

El más grande error cometido por Lechín en toda su carrera política ha sido el apoyar a los generales que conspiraron contra el gobierno de Paz Estenssoro, con el argumento de que sólo las fuerzas armadas podían aplastar al monstruoso aparato represivo del Control Político. En el apoyo a la casta militar había mucho de oportunismo, pues estaba seguro que los jefes castrenses le entregarían el poder. Inmediatamente después del 4 de noviembre de 1964 intentó ingresar al Palacio Quemado, a la cabeza de sus parciales. Encontró las puertas cerradas y fue recibido con descargas de ametralladora; el hecho es simbólico, pues demuestra que es casi imposible que pueda llegar a la Presidencia de la República,

está pagando muy caro sus veleidades de todo tipo.

Apoyó las medidas tomadas por la Junta Militar bicéfala y prácticamente se abandonó en sus brazos. El PRIN fue el eje y la organización popular que sustentó el Comité Revolucionario del Pueblo, producto del contubernio con las organizaciones reaccionarias, creado con la finalidad de apuntalar al gobierno restaurador salido del golpe contrarrevolucionario. Como quiera que los generales llegaron al poder con la finalidad de imponer con las bayonetas los planes colonizadores del imperialismo y destrozar a las organizaciones sindicales y populares, la izquierda tuvo que soportar una despiadada represión. Cuando Lechín y sus amigos quisieron presionar sobre el nuevo gobierno, éste se lanzó al ataque acusándolo de comunista.

En mayo de 1965 fue apresado y desterrado al Paraguay, acto premeditadamente planeado para obligar a los obreros a salir a las calles y así justificar la destrucción de los sindicatos. Siguió la huelga general decretada por la agonizante COB y la ocupación militar de los centros mineros (masacres de Siglo XX y Milluni). Desde esa fecha se ha hecho una norma considerar las minas zonas militares.

Posteriormente, el líder obrero ha vuelto al plano de la actualidad toda vez que el gobierno así lo determinó con sus campañas públicas en contra de él. El Ministro de Gobierno Antonio Arguedas (más tarde confesará haber sido agente de la CIA) lanzó en su contra acusaciones pueriles, como aquella de su nacionalidad chilena y otras casi imposibles de verificar: sostuvo enfáticamente que mantenía vinculaciones con los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, etc.

A mediados de mayo de 1967, Lechín, desde Santiago de Chile, expresó sus simpatías con el movimiento guerrillero que había estallado en Bolivia. Se ha comprobado que estuvo en Cuba para tomar acuerdos con el castrismo en los documentos de los combatientes de Ñancahuazú. Se dice que el PRIN solicitó ayuda económica a cambio de su respaldo a los insurgentes. Como siempre, jugó a dos ases simultáneamente. Estaba empeñado en conformar un frente político con los partidos nacionalistas (MNR, FSB y PDC) y con fines electorales.

A pesar de haber perdido progresivamente su enorme ascendiente sobre los trabajadores (en los primeros momentos podía decirse, sin temor a incurrir en un error, que representaba a la vanguardia de los mineros), sigue siendo reelegido como máximo dirigente tanto de la FSTMB de mineros como de la COB, lo que a muchos se les antoja una contradicción inexplicable. A medida que la clase obrera en su conjunto se ubica en posiciones mucho más avanzadas que todo el nacionalismo, Lechín es empujado más y más a la derecha, de manera que ahora es el portavoz de las capas más rezagadas del proletariado y que, desgraciadamente, comprenden a sectores mayoritarios de los trabajadores. Otro factor que le ayuda a recolectar votos radica en la fuerza de inercia que normalmente domina en los medios sindicales. Sólo en los momentos de mayor agudeza de la lucha de clases el grueso de las masas llega a soldarse con su vanguardia y da un verdadero salto hacia adelante en la evolución de su conciencia. En estas condiciones todavía le sirve a Lechín su cinismo confeso, su inescrupulosidad en la maniobra, su mimetismo ideológico, etc. Sin embargo, se puede constatar que cada día se ve mayormente relegado en las luchas sociales. Las persecuciones y las campañas que contra él desencadenan la autoridades le ayudan a sobrevivir.

En 1970, el XIV Congreso de los mineros no discutió su inconducta y se limitó a reelegirlo como Secretario Ejecutivo de la FSTMB, esto porque la persecución no le permitió llegar hasta la reunión de Siglo XX, habiéndose beneficiado con la sana tradición obrera de solidaridad incondicional con los sindicalistas perseguidos. Esa misma reunión aprobó la Tesis Política con cuyo contenido y perspectivas dijo Lechín estar en desacuerdo.

Durante el cuarto congreso de la COB (1970) fue acremente criticado por los delegados marxistas, pero pudo ganar en las elecciones para la dirección (aunque fue ampliamente derrotado en las discusiones políticas que precedieron a la ratificación de la Tesis Política de los Mineros) gracias a la repartija de cargos del Comité Ejecutivo que sirvió de punto de partida del contubernio concluido con pekineses, foquistas, movimientistas y hasta falangistas. El líder de marras concluyó convirtiéndose en el constructor de la debilidad e inoperancia de la dirección cobista.

Pese a su repulsa, En el plano de las declaraciones y de los hechos, a la Tesis Política cobista, no tuvo el menor reparo en sumarse a la línea señalada por el POR cuando las masas bolivianas acentuaron su

movilización y orientaron su marcha hacia el socialismo. Con dudas y oscilaciones se sumó a la Asamblea Popular, de la que resultó su dirigente. Sin embargo, es muy difícil saber si realmente comprendía su línea política y si hubiese marchado por el sendero de la izquierda marxista hasta las últimas consecuencias del proceso revolucionario o si la acentuación de sus coqueteos y aproximaciones al gobierno Torres le hubiesen conducido nuevamente al redil nacionalista. Nos parece que la segunda variante era la más probable y que se hubiese patentizado en cualquier momento de crisis de la marcha de la revolución.

Salió a las calles el 21 de agosto de 1971, aunque sin demostrar la menor osadía en sus actos y en su pensamiento. Como era natural, corrió la suerte de la izquierda exiliada durante el período del gorilismo.

Constituido el FRA, comenzó declarándose su jurado enemigo e inesperadamente se esforzó por contraponerle la Asamblea Popular, aunque resultaba materialmente imposible el funcionamiento de ésta. El FRA había adoptado el sistema de la dirección colectiva y rotativa, lo que conspiraba directamente contra el autocratismo de Lechín. Esta su postura se trocó, de la noche a la mañana, en su contraria: apareció como el abanderado de la unidad y fortalecimiento del FRA; había descubierto que podía, aprovechando las discrepancias internas del Frente, volver a aparecer como el máximo caudillo, con muchas posibilidades para sacar ventaja política.

Se vio mezclado en los trajines conspirativos de los numerosos militares, ocasionalmente teñidos de oficialismo, y, al mismo tiempo, se esmeró en mejorar sus vinculaciones con algunos grupos "marxistas". En 1973 viajó a la China, esta vez a la de Mao, y el gobierno de ese país, con la astucia que le caracteriza y descubriendo el juego en que andaba metido Lechín, oficialmente difundió la nueva de esta sorprendente visita.

Finalmente, olvidando sus movimientos a la sombra del FRA, estampó su firma en una alianza junto a los partidos nacionalistas de derecha, como el de Siles Zuazo, ya pekineses y moscovitas.

6 EL BLOQUE MINERO PARLAMENTARIO

Se puede decir que la clase obrera boliviana carece de tradición parlamentarista, en el sentido de que por este canal se pueden resolver todos los problemas de los explotados e inclusive llegar hasta el socialismo. Es cierto que han habido representantes "obreros" en las cámaras legislativas y esto casi desde comienzos del presente siglo. Algunos eran abogados y hasta gentes sin oficio. Estos parlamentarios no lograron escalar las cumbres de la teoría y no elaboraron una doctrina reformista capaz de atraer a las masas y servir de molde para su educación. Seguramente ha tenido una gran influencia en este sentido la ya tradicional crisis del parlamentarismo burgués entre nosotros. Los grandes oradores han tenido la vigencia fugaz del relámpago, las circunstancias político sociales no les permitieron calar hondo. El Legislativo, al no poder modelar la fisonomía del Ejecutivo, ha demostrado hasta la saciedad su intrascendencia como uno de los poderes del Estado; nosotros sólo conocemos un parlamento que actúa como aditamento del Ejecutivo y, en el mejor de los casos, como válvula que descongestiona el descontento popular.

En 1946, los mineros adoptaron una particular y novedosa (en la historia del país), táctica parlamentaria: subordinarla a la movilización de masas y a la acción directa y convertir el Legislativo en tribuna revolucionaria a fin de poder propagar la ideología proletaria. El problema radicaba en saber si los sindicalistas, muchos de ellos vinculados a partidos no marxistas, serían capaces, en la práctica, de materializar esa táctica.

Las elecciones generales de 1947 se realizaron en pleno ascenso revolucionario. Las masas asestaban rudos golpes al gobierno salido de la asonada contrarrevolucionaria de julio de 1946. En estas condiciones la activa participación en el parlamento no contribuyó a acentuar la movilización de masas y, más bien, despertó en las capas más atrasadas la ilusión de que por la vía legal se podía poner coto a los avances de la rosca, lograr nuevas conquistas en favor del pueblo. La perspectiva no dejaba de ser atrayente: el sacrificio y esfuerzo de las masas serían reemplazados por la elocuencia de algunos parlamentarios obreros. Ciertamente no era esto lo que planteaban los marxistas que, contrariamente, estaban interesados en llevar a la práctica su tesis sobre la subordinación del método parlamentario los que son

propios de la clase obrera. La experiencia confirmó la validez de este planteamiento y, al producirse la exclusión del Bloque Minero del Legislativo, se puso en evidencia que el ensayo de transformar la tribuna parlamentaria en trinchera revolucionaria apenas sí puede tener lugar en el remedo democrático boliviano. El análisis retrospectivo de esta experiencia fácilmente puede llevarnos a la conclusión que la táctica parlamentaria fue inoportunamente aplicada, pues contribuyó, en alguna manera, en aletargar a la mayoría nacional. La responsabilidad de este error corresponde casi íntegramente a Guillermo Lora. Sin embargo, la actuación del Bloque Minero Parlamentario puede considerarse como un modelo de la conducta que deben observar los marxistas en este plano. Estas conclusiones no pueden aplicarse a los dirigentes sindicales que permanecían abierta o solapadamente, fieles al MNR, pues para ellos lo más importante era poner a salvo el pellejo y permanecer agazapados momentáneamente.

En vísperas de las elecciones de 1947 se constituyó un frente político entre el Partido Obrero Revolucionario y la Federación de Mineros ("Frente Proletario"), que lanzó candidatos a diputados y senadores en los distritos donde la clase obrera tenía algún peso electoral. La fracción parlamentaria obrera y marxista confesa (que actuó en senadores y diputados) tomó el nombre de Bloque Minero Parlamentario. Su programa era la "Tesis de Pulacayo" y la línea y dirección políticas quedaron en manos del POR. Lo que hizo y no hizo el Bloque Minero debe ser atribuido a dicho Partido que tuvo que soportar el peso de los aspectos negativos de la naturaleza de la dirección sindical (falta de capacidad doctrinal, acentuada inclinación hacia el oportunismo y poca o ninguna decisión de soportar la larga y sacrificada lucha revolucionaria). La apasionada campaña electoral determinó la victoria en algunas circunscripciones en los departamentos de Potosí, Oruro, La Paz. La siguiente era la composición del Bloque Minero Parlamentario:

Lechín, Mendivil y Pérez A (Depto de Potosí y Prov. Cercado);

Lora (Prov. Gustillo);

Tórres (Prov. Quijarro);

Vargas (Prov. Sud Chichas);

Salamanca (Prov. Dalence);

Costa La Torre (Prov. Pacajes);

Rojas (Prov. Inquisivi) y

Aspiazu (Prov. Loayza).

El caso de ese grupo parlamentario resulta excepcional en nuestra historia, no solamente por su número, sino porque por primera vez actúa con independencia total frente al gobierno y a los otros partidos políticos. Anteriormente hubieron parlamentarios obreros, pero éstos se movieron como adláteres del oficialismo o dentro de organizaciones políticas extrañas a su clase. Más tarde, durante el MNR y la restauración oligárquica se hizo presente un denso grupo de parlamentarios obreros y campesinos, que tuvo importancia por su peso de votos dentro de los partidos gobernantes. Para la clase obrera adquiere mucha importancia el análisis crítico de la actuación del Bloque Minero, porque pone en evidencia las nuevas condiciones políticas y sociales dentro de las cuales se ven obligados a actuar los líderes obreros y también las limitaciones del parlamento como escenario de la lucha revolucionaria.

Durante la campaña electoral se tenía la impresión de que todos los candidatos se identificaban con el programa revolucionario; más, ya en plena labor parlamentaria, saltaron a primer plano el carrerismo y las ambiciones personales. El Bloque Minero estaba lejos de constituir un grupo homogéneo, se llegó al extremo de que uno de sus miembros, Rojas, estaba prácticamente identificado con el PIR, uno de los mayores enemigos del movimiento revolucionario en ese entonces, otro, Costa la Torre, se aproximaba más al PURS, el partido de gobierno de turno, que a la Tesis de Pulacayo. Junto a los pocos militantes trotskistas y a los dirigentes sindicales que más tarde se convirtieron en tales, se encontraban elementos formados en la escuela movimientista y que momentáneamente sumergidos en el radicalismo obrero, estaban interesados en el colaboracionismo clasista y en el reformismo y acaso en el retorno a un régimen tipo MNR. Entre estos últimos debe mencionarse especialmente a Lechín y Mario Tórres. El

trabajo realizado por el Bloque Minero Parlamentario en tales condiciones negativas resulta admirable. Las posiciones tajantes que había adoptado la clase obrera permitieron al núcleo revolucionario conducir a los parlamentarios mineros hacia actitudes verazmente revolucionarias.

En las discusiones del congreso de Telamayu (junio de 1948), reunión en la que chocaron abiertamente los trotskistas contra los movimientistas y el bloque formado por el Ministro de Trabajo, se dejó establecido que si bien el parlamento tiene la posibilidad de convertirse en tribuna revolucionaria, su adecuado aprovechamiento desde el punto de vista proletario tropieza con enormes obstáculos; es preciso que existan revolucionarios capaces de realizar esta tarea. Los obstáculos nacen de la mala calidad del equipo de dirigentes que van a las cámaras. La lucha parlamentaria es esencialmente política. Los dirigentes sindicales salidos del tradeunionismo y que arrastran entre muchos prejuicios el del "apoliticismo", son naturalmente proclives al oportunismo. Como consecuencia de su incapacidad de generalizar y de pensar dialécticamente, consideran los problemas de un modo aislado, provinciano, y en ningún caso como parte del proceso de liberación del proletariado. Por eso no es raro que un día aparezcan levantando la bandera del PURS, del MNR y hasta del POR. Siguiendo esta línea oportunista los dirigentes, considerados individualmente, pueden salir ganando, al menos momentáneamente, pero el movimiento obrero como tal concluye perjudicado ³⁷.

En los períodos de reflujo del proceso revolucionario, de caída del movimiento obrero, el parlamentarismo llega a ocupar un primer plano; se convierte en el centro de la lucha por la defensa de las garantías democráticas y de las conquistas sociales amenazadas por la reacción.

Se trataba en 1947 de levantar una trinchera de combate en el seno mismo del Legislativo, controlado por la rosca mediante sus abogados y políticos; de transformar al parlamento en el canal que permitiese llegar hasta las capas más amplias de explotados la palabra orientadora de la vanguardia del proletariado; de hacer de él la caja de resonancia de la denuncia cotidiana de los atropellos patrono-gubernamentales y de la conducta vergonzosa de la reacción. La experiencia enseña que los encargados de cumplir misiones tan importantes en un período depresivo deben encontrarse debidamente templados en la disciplina partidista y en la doctrina marxista.

Algunos creían que la actividad parlamentaria no era más que la prolongación de la sindical. Los hechos pusieron en evidencia que el parlamentario obrero y revolucionario debe seguir manteniendo, igual que en las filas sindicales, su carácter de combatiente al servicio de su clase. Se trata no únicamente de un simple cambio de ocupación, sino del trasplante de un ambiente social y político a otro. El parlamento es campo abonado para que prosperen las ilusiones de armonía entre las clases, entre el capital y el trabajo; para que cobre cuerpo el arribismo de los burócratas sindicales. Estas razones explican por qué la llegada al parlamento significó la prueba de toque que difícilmente pudieron resistir los dirigentes obreros. Las flaquezas de las direcciones sindicales y de la misma clase flotaron hasta un primer plano.

De manera general, el dirigente, que es producto casi exclusivo de la lucha tradeunionista, rutinaria y monótona, se mueve bajo la presión directa de las masas y del capitalista. En los períodos de ascenso, el grueso del proletariado amenaza con sobrepasar su propia dirección y le obliga a radicalizarse, que por otra parte, le sirve a ésta para mantener su situación de predominio. Cuando declina el empuje de la clase, es el dirigente el que soporta de manera directa la presión patronal, se deja llevar por la corriente y adopta actitudes mucho más reaccionarias que el resto de la clase. En todos los períodos, la dirección está siempre más a la derecha que las masas.

Hay un hecho nuevo, que hasta la experiencia vivida por el Bloque Minero Parlamentario no fue analizado. Para el dirigente sindical que llega al parlamento la presión de las masas se atenúa o desaparece; contrariamente, crece sobre él la influencia de la clase dominante, que se manifiesta en muchas formas, desde el soborno descarado o la compra del voto mediante la concesión de mejoras provinciales, hasta el halago periodístico, los banquetes o la apertura de los salones. El trabajador apenas salido de la vida miserable de las minas tiene un permanente enemigo en la magnificencia y la fastuosidad del nuevo ambiente que le rodea. Hay un abismo entre el salario del peón y la dieta parlamentaria, diferencia que se proyecta inmediatamente a los planos social y político. El parlamentario obrero casi automáticamente se aburguesa; todo le incita a delinquir y el peligro se agiganta porque casi siempre no encuentra apoyo ni siquiera en su propia organización. Nuevamente hay que concluir que sólo una elevada conciencia política

37.- Acta de las sesiones del Congreso de Telamayu, una copia en los archivos de G.L. Como es tradicional, no vieron la luz pública las actas y otros documentos de esta reunión.

y el celoso control partidista pueden ayudar a salvar a los trabajadores convertidos en parlamentarios.

La lucha sindical es diferente a la parlamentaria, pese a que ambas no son más que diversas modalidades de la lucha de clases. En el parlamento hay que enfrentarse a los hombres más hábiles de la reacción, al mecanismo destinado a sojuzgar al pueblo, a la gran prensa que fabrica la opinión pública en base a la mentira y la deformación de los hechos. La finalidad básica del parlamento es la de facilitar a la clase dominante la estructura jurídica indispensable para que legalmente siga explotando a la mayoría nacional. Los parlamentarios obreros tienen que combatir con la ley en la mano a los legisladores burgueses o explicar el significado de la ley, desde el punto de vista obrero, para así beneficiar en alguna forma a los oprimidos. Simultáneamente, tiene la obligación ineludible de demostrar a los trabajadores que toda la legislación, inclusive la del trabajo, está destinada, en último término, a defender los fundamentos del régimen de la propiedad privada, vale decir, de la perpetuación de la explotación del proletariado por el capitalista. La lucha exitosa en el parlamento está, en gran medida, condicionada por el bagaje cultural del dirigente obrero. Esa cultura debe abarcar desde el campo sindical hasta el demoliberal. Ciertamente que el partido político puede subsanar en cierta manera la deficiencia cultural de los sindicalistas, pero éstos tienden a emanciparse de todo control de esa naturaleza. La actuación por encima de las agrupaciones partidistas permite el libre florecimiento del carrerismo social, político y hasta económico, esto porque el dirigente sindical fácilmente puede negociar su influencia sobre las bases.

El Bloque minero Parlamentario tuvo que enfrentarse no sólo con el aburguesamiento y oportunismo de algunos de sus elementos sino con su tremenda incultura. Seguramente que se destinó mayor cantidad de energía a la lucha contra estos factores internos que a los combates contra el enemigo externo.

Los parlamentarios obreros de épocas anteriores, por fidelidad a su ideología, por militar en un partido extraño a su clase o por haber resultado víctimas del aparato camaral, insensiblemente se deslizaron hacia la mistificación del parlamento y lo convirtieron en fetiche. Afloró la teoría de que era suficiente el denuedo de los legisladores del pueblo para que las masas, sin desarrollar esfuerzo alguno, recibiesen como obsequio su liberación total. Contrariamente, los componentes del Bloque Minero Parlamentario, incluyendo a aquellos que se pasaron a las filas de la rosca, en ningún momento desarrollaron semejante doctrina y estaban seguros que no había más camino que subordinar la actividad parlamentaria a la actuación y movilización de masas.

En la "Tesis de Pulacayo" ya se encuentran señaladas las limitaciones del parlamentarismo, incluso cuando se impulsa en las condiciones más propicias. Esas limitaciones nacen de su naturaleza burguesa (ciertamente que nuestro parlamento pretende ser burgués, pero no alcanza un gran desarrollo como tal, pero aunque se materializase plenamente aquella tendencia no desaparecerían sus limitaciones porque las cámaras legislativas carecen de suficiente poder para ejecutar sus decisiones), del lugar que ocupa dentro de un régimen presidencialista y, también, del carácter semicolonial del país cuya consecuencia inmediata es el estrangulamiento de las instituciones democráticas. Refleja, a su modo, la lucha de clases; la expresa de manera deformada. La acción parlamentaria no puede ir más allá del derecho burgués, vale decir, de los fundamentos de la propiedad privada. El derecho, conforme señala Marx, no es más que la voluntad de la clase dominante hecha ley. Los "socialistas" que se aferran al método parlamentario parecen olvidar que la Constitución es el muro infranqueable que limita la acción parlamentaria; dentro de ella pueden introducirse ciertas reformas y nada más. La Constitución, también a través de sus capítulos sobre derechos y garantías individuales y sobre el régimen social y económico, garantiza y defiende el régimen social imperante. Las leyes aprobadas por las cámaras legislativas no pueden sobrepasar este marco. Esto quiere decir que las reformas legales, incluso cuando se refieren a disposiciones de carácter social, sólo pueden adoptarse si no niegan el sistema de explotación del asalariado por el capitalista. Los parlamentarios obreros de otras épocas contribuían, a veces sin saberlo, a adormecer al proletariado con la ilusión de que, a la larga, puede conseguir su liberación como resultado de las leyes emanadas del parlamento rosquero. Demás está decir que la doctrina y la historia enseñan que el problema vital de la sociedad contemporánea, el destino de la propiedad privada, no se soluciona en las urnas electorales y mucho menos a través de los discursos parlamentarios, esa solución será producto de la movilización revolucionaria de las masas que debe conducir las a la toma del poder político.

Uno de los mayores méritos del Bloque Minero radica en haber llevado hasta los trabajadores la enseñanza de la experiencia sangrienta y dolorosa, en sentido de que no deben esperar que el parlamento solucione sus problemas vitales. Está latente en todos sus actos la certeza de que si no se quiere volver a ser objeto de burlas y traiciones, la clase obrera debe confiar únicamente en sus organizaciones y en su

propia fuerza y no abandonarse en brazos del parlamentarismo. El conflicto obrero-patronal que culmina trágicamente en la masacre blanca de Catavi (1947) subraya con rasgos sombríos la total incapacidad de nuestro parlamento. Viajaron a las minas nutridas delegaciones diputadiles, donde se pronunciaron encendidos discursos y se cosecharon aplausos y mixturas; se prometió dar una nueva legislación social, se comprometieron solemnemente destrozarse a la gran minería, juraron ofrendar sus vidas en defensa del proletariado y muchas cosas más. Sin embargo, llegada la oportunidad, se negaron a dar sus votos por la causa obrera. Tanto promesa y tanta palabra bonita fueron lanzadas para poder engañar mejor a los explotados.

El trabajador sabe, por las cicatrices que ostenta en su pellejo, que el gobierno es un monstruo que lo aplasta en todo momento, que dispone de un descomunal aparato, cuyo mecanismo no alcanza a comprender, y que se identifica totalmente con el capitalista. La teoría de que el gobierno se ejerce mediante tres poderes independientes y que guardan un perfecto equilibrio entre sí no pasa de ser una ficción jurídica en cualquier país democrático y en Bolivia adquiere contornos tragicómicos. Dentro del Estado, en los hechos, existe un solo poder que merece el nombre de tal: el Ejecutivo. No en vano se resume en él todo el poder compulsivo del Estado. El Legislativo y el Judicial se limitan a coadyuvar la labor coercitiva del Ejecutivo. La formación de las leyes y su cumplimiento están supervisadas por el poder que tienen en sus manos la policía y el ejército. Con una presunción que mueve a risa, los honorables legisladores se ufanan de ser autores de la ley, pero se niegan a pregonar la verdad de que el Ejecutivo es el autor de los legisladores. Dos ejemplos: el Ministro de Gobierno de Montes decía a sus subalternos: "El Prefecto que no gana elecciones no es Prefecto", el Presidente Saavedra obligaba a "sus" diputados a leer los proyectos de ley y sus discursos que él redactaba. En nuestro país el parlamento es un simple apéndice del Poder Ejecutivo, sanciona las leyes que éste necesita para seguir funcionando o para "legalizar" sus arbitrariedades. La oposición que ejercitan en su seno los partidos de derecha y los socializantes es una válvula de escape del descontento de las masas y carece de trascendencia porque no tiene la posibilidad de modificar, legalmente, la orientación del Ejecutivo. Los conflictos parlamentarios, conflictos puramente verbales, no pasan de ser tormentas en un vaso de agua.

El Bloque Minero partió de la certeza de que hay una sola posibilidad de que cese la política antiobrera y antinacional: el aplastamiento de su eje de sustentación, vale decir, del régimen de la propiedad privada capitalista. Este objetivo puede ser materializado por las masas en las calles y no por los discursadores en el parlamento. Este alcance revolucionario es el que no tiene, precisamente, la actividad parlamentaria en todas sus facetas, particularmente el recurso constitucional del control de los actos del Ejecutivo. El pasado y el presente enseñan, de manera inobjetable, que resulta improbable en extremo que se produzca la censura al gabinete cuando la interpelación es promovida por la minoría obrera. Con o sin voto universal, el Ejecutivo, que concentra en sus manos todos los recursos estatales tiene la posibilidad de introducir en el seno del parlamento una mayoría domesticada.

Los parlamentarios mineros promovieron interpelaciones, peticiones de informe, etc., pidiendo drástico castigo para los ministros autores de reiteradas masacres obreras y campesinas y de múltiples abusos. La mayoría parlamentaria, invariable y fervorosamente, creyó su deber reiterar su confianza a los ministros que ordenaron asesinar a cientos de obreros. Todo quedó como denuncia vehemente, aplastada por el rodillo de la mayoría y también por el sistemático boicot de la gran prensa, que a pesar de llamarse "cuarto poder" depende umbilicalmente del visto bueno del Ejecutivo y de las empresas capitalistas.

En Bolivia, el parlamento apenas sí interesa a los explotados, esto debido a su tremenda mediocridad, reflejo de la miseria de nuestra democracia y de su completa subordinación a los dictados del Ejecutivo. Cuando la osada minoría se atreve a hablar en voz alta y poner al desnudo las tropelías gubernamentales, todo se resuelve con la medida simple, casi administrativa: la expulsión del parlamento de los revoltosos. Eso es lo que ocurrió con el Bloque Minero. Cuando el Ejecutivo tiene necesidad de agigantar sus atribuciones, a veces sin resistencia alguna, silencia o disuelve a uno de los supuestos poderes del Estado. Eso es lo que hizo Morales para rechazar la conspiración de los mineros propietarios.

El jefe del Bloque Minero Parlamentario en la Cámara de Diputados sostuvo en su informe al Congreso de Telamayu que los obreros al enviar a sus representantes al parlamento no deben descuidar el fortalecimiento de sus organizaciones y mucho menos apartarse del principio programático de que "la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos". "Al convertir al parlamento en tribuna revolucionaria en realidad, hemos actuado en el parlamento como anti-parlamentarios". Podía creerse que elementos tan radicalizados se limitaron a impugnar la política gubernamental y no hicieron

ni dijeron nada en defensa de las conquistas sociales; contrariamente, esa defensa fue enérgica. Como dijeron los mismos actores, "esa defensa sin aspavientos, sin afán de engañar a nadie", siguió el camino de soldarse con la movilización de las masas, ciertamente un camino peligroso para la clase dominante. El gobierno reaccionó prestamente y puso en marcha una sistemática campaña contra los jóvenes parlamentarios, que en momento alguno dejaron de ser llamados demagogos y agitadores; se les acusó de hacer mal uso de las inmunidades establecidas por ley y de utilizarlas para conspirar. Ciertamente que no era una novedad, antes y ahora los opositores siempre fueron tratados de esa manera.

El ingreso de los componentes del Bloque Minero a las cámaras (recuérdese que los parlamentarios electos tenían sus credenciales tachadas, por falta de edad, por estar enjuiciados, por nulidad de elecciones, etc.) se debió, básicamente a la poderosa presión de las bases sindicales, que hicieron pública una resolución declarándose en pie de huelga, y también a la creencia que abrigaba el PURS de poder controlarlos políticamente o por lo menos neutralizarlos. ¿Cómo pudo nacer esta perspectiva después de que era por todos conocida la intransigencia revolucionaria de los representantes obreros? G. Lora denunció en los congresos mineros y en escritos de esa época y de fecha posterior que Mario Tórres llegó hasta la dirección pursista ofreciendo su cooperación al gobierno a cambio de la aprobación de sus credenciales de diputado. Esta sindicación en ningún momento ha sido satisfactoriamente desmentida. Una burguesía inteligente siempre puede razonar en sentido de que es mejor tener encerrados en el parlamento a los agitadores extremistas y no sueltos en medio de las masas. La maniobra queda anulada cuando se tiene decidido convertir al parlamento en tribuna revolucionaria. Cuando los hechos desbarataron las ilusiones persistas acerca de la posibilidad de domesticar al Bloque Minero, las autoridades se empeñaron seriamente en dividirlo, a través del soborno de algunos de sus elementos y, de eliminarlo físicamente del Legislativo. En el informe del Bloque se lee: "Las taras heredadas del pasado amenazaban con estrangularnos a cada instante".

La falta de disciplina política y doctrinal de los elementos obreros que fueron llevados al parlamento dio lugar a que, en cierto momento la lucha por los altos intereses del proletariado fuese suplantada por la pugna miserable de las conveniencias personales. Parecía que iba a reeditarse la vergonzosa experiencia de la época de Busch, oportunidad en la que los "legisladores obreros" sucumbieron ante los halagos de la rosca o el irresistible hechizo del dinero. Gracias a poderoso empuje del movimiento sindical de la Federación de Mineros, no se produjo la defección colectiva del Bloque Minero, extremo que sorprendió a la rosca y a su prensa. Es entonces que se acentúa la campaña contra los parlamentarios obreros, en la que ocupan la misma trincheras el PURS, Acción Social Demócrata y el PIR. Un intransigente boicot, inspirado y dirigido desde el Palacio Quemado, buscó reducir a la inoperancia al Bloque Minero. La mayoría domesticada postergaba indefinidamente la aprobación de todo proyecto presentado por los parlamentarios obreros, aunque se refiriesen a problemas y necesidades provinciales. Todos los sectores políticos formaron un solo bloque para evitar que los mineros llegasen hasta las comisiones camarales, que tanta importancia tienen en la mecánica legislativa. Tal vez las ratas están dando fin en los archivos con los documentos que atestiguan la labor legislativa de los abanderados de la Tesis de Pulacayo. Estudios y proyectos sobre la reforma de la legislación social, el salario básico vital y la escala móvil, la nacionalización de las minas, el problema indígena, etc., fueron arrinconados por el odio de los parlamentarios rosqueros y sus testaferros.

La estrategia del gobierno no era otra que hacer aflorar la pugna entre los objetivos revolucionarios del Bloque minero, inspirados en los intereses históricos del proletariado y las necesidades inmediatas de las masas obreras y de las grandes y pequeñas poblaciones. A la rosca se le antojaba argumento demoledor el estribillo de que la persistente y bulliciosa actividad de los senadores y diputados mineros no se cristalizaba en ventajas materiales y tangibles. En parte de la ciudadanía, cansada de los continuos actos de rebeldía, dicha propaganda surtió algún efecto; más no así entre los trabajadores que tercamente se resistían a retirar la confianza depositada en sus dirigentes, incluso en las peores épocas de la derrota y la bestial represión policial.

En el informe del Bloque minero se establece: "¿Hay necesidad de revisar nuestra técnica parlamentaria? La experiencia que hemos vivido y reseñado nos obliga a responder en forma negativa. Pero, hay que educar a un equipo de elementos capaces de desempeñar dignamente su misión. Es evidente que esta educación no puede realizarse satisfactoriamente en el marco sindical; sólo el partido político del proletariado puede proporcionar un tal equipo".

El gobierno se sintió vivamente preocupado por la osada actividad del Bloque Minero Parlamentario,

que prácticamente se convirtió en la dirección del amenazante movimiento sindical. En el informe de Enrique Hertzog (1948) se denuncia el mal uso de las garantías democráticas por parte de los opositores: "La libertad de asociación y de reunión ha servido para alentar los trajines de los conspiradores y asegurarles la impunidad; las inmunidades parlamentarias se han convertido en escudo que protege la labor francamente subversiva de algunos representantes nacionales, vinculados con organismos obreros de los que son dirigentes sindicales sin ser trabajadores ni tener nada en común con los intereses del trabajo"³⁸. Los Estatutos de la Federación de Mineros establecen que los parlamentarios llevados por este sector sindical adquieren, de hecho, la calidad de dirigentes.

A medida que crecía el malestar social aumentaba la actividad de los componentes del Bloque Minero y, consiguientemente, también se acentuaba la campaña y represión gubernamental. Mamerto Urriolagoitia llegó al extremo de exigir al parlamento una ley destinada a "limitar los poderes sindicales a lo estrictamente lícito", pues creía que el "uso y abuso del derecho sindical" era la causa de todo el malestar político. "El sistemático desarrollo de una actividad conspiratoria, por parte de los elementos que el pueblo boliviano expulsó del gobierno el 21 de julio de 1946, secundados por algunos agitadores que usurpan la categoría de dirigentes sindicales". Urriolagoitia denunció que el llamado comunismo internacional había llegado a penetrar profundamente en los centros mineros. Las causas de este hecho alarmante: "La prédica anarquizante en el seno de las organizaciones sindicales, el empleo de las inmunidades parlamentarias contra el régimen democrático..." Los miembros del Bloque Minero fueron acusados como autores de los luctuosos sucesos de Siglo XX (mayo de 1949): "Descubierto el complot, fueron detenidos sus principales organizadores y dirigentes, algunos de los cuales ostentaban la condición de representantes nacionales"³⁹.

A pesar de todo, quedan algunas contribuciones al mejoramiento de la legislación social; por ejemplo, la distinción de prima y aguinaldo como dos beneficios diferentes.

Para los cuadros sindicales no es un misterio que la pugna, unas veces franca y ruda y otras subterránea y casi imperceptible, entre las tendencias revolucionarias y oportunistas llena prácticamente toda la historia del Bloque Minero. Algunas de las peripecias de esta lucha están consignadas en el folleto "Definición", que contiene varios documentos⁴⁰. En una carta de 26 de octubre de 1947, dirigida al Bloque Minero y suscrita por Lora, se tipifica con bastante crudeza a las dos inclinaciones y se dan las razones de su lucha.

Una de las tendencias, cuya columna vertebral era la militancia porista y estaba apuntalada por dos o tres sindicalistas sin partido, se reclamaba del bolchevismo y decía expresarse, en el plano laboral, a través de los postulados de la "Tesis de Pulacayo". Logró ganar a lo más sano y vigoroso del BMP (el 50% de los votos) y dominó desde el congreso de Pulacayo hasta el de Colquiri. Su palabra llegó a ser la palabra oficial de la organización sindical; ante ella todos se doblegaron a regañadientes y hasta se esforzaron por identificársele, este fenómeno no fue el resultado de la madurez ideológica, sino de concesión de la presión de las bases obreras. En sus luchas dentro del BMP levantó como bandera la fidelidad a las resoluciones de los dos mencionados congresos.

La otra tendencia (Lechín-Torres) fue públicamente calificada por los marxistas como francamente oportunista, que según las circunstancias, se desplazaba desde "el rojo más encendido hasta el pardo más oscuro". La mayor parte de sus componentes procedían del MNR y no lograron, o no quisieron, liquidar completamente los prejuicios y compromisos adquiridos en su militancia política anterior (la segunda variante es la más probable, pues presentían que más fácilmente que el radicalismo comunista podía llegar al poder el partido derrotado el 21 de julio de 1946). Su oportunismo le permitió ostentar un publicitado desprecio de los principios doctrinales y una indiscutible capacidad de mimetización con las actitudes asumidas por las masas. Durante los ascensos revolucionarios resultaron los más furiosos defensores de la Tesis de Pulacayo, aunque no se identificaban con su radicalismo, y durante la momentánea depresión pregonaron dar las espaldas a dicho documento y "obrar con moderación de acuerdo a las exigencias del momento". Los marxistas denunciaron que esta tendencia actuó al margen de los acuerdos de los congresos de Pulacayo y Colquiri y que desarrolló la peregrina teoría de que el BMP y la FSTMB debían actuar "de acuerdo al sentido común". Añaden la siguiente caracterización de los que

38.- Enrique Hertzog, "Mensaje al H. Congreso Ordinario de 1948". La Paz, 1948.

39.- Mamerto Urriolagoitia, "Mensaje al H. Congreso Ordinario de 1949", La Paz, 1949.

40.- Guillermo Lora, "Definición" (cartas al Bloque Minero, a la FSTMB y al Presidente Hertzog). La Paz, s/f.

consideran oportunistas: "Como no se encuentra clarificada la situación de los miembros o simpatizantes del MNR, han hecho un embrollo escolástico de sus aspiraciones, hablan lenguaje revolucionario y adoptan actitudes reaccionarias". Esta tendencia levantó la cabeza cuando se hizo evidente la momentánea

depresión del movimiento obrero e inmediatamente planteó el problema de la dirección del Bloque Parlamentario (esa dirección estaba a cargo de Lechín en senadores y de Lora en diputados). Detrás de la pugna aparentemente personal estaba el choque de dos líneas políticas: una que sostenía la fidelidad a los principios revolucionarios y otra que aconsejaba hacer serias concesiones a la arremetida ronquera para poner a salvo las direcciones sindicales y los mismos privilegios parlamentarios.

En reuniones regulares se planteaba la orientación del Bloque y la misma suerte de las organizaciones obreras, por esta razón los parlamentarios obreros adquirieron una gran importancia y esto explica la enconada campaña oficialista descargada sobre ellos.

La disputa entre las dos tendencias se agudizó también debido al apoyo que la inclinación moderada recibió de las diversas manifestaciones de la reacción, pues así combatía a la Tesis de Pulacayo. Esta lid no sólo rompió la unidad de acción del Bloque, sino que, por momentos redujo a cero su actividad.

La conducta y las ideas de los parlamentarios mineros y de las tendencias a las que pertenecían fueron sometidas a la gran prueba de la lucha contra el imperialismo norteamericano. En ese entonces la expresión más cínica de la política colonialista de los Estados Unidos se llamaba Plan Truman. El Presidente norteamericano en su discurso de 20 de enero de 1940, hizo referencia al papel trascendental de los Estados Unidos, al hacer frente a la "necesidad más apremiante de nuestra época: que los hombres aprendan a convivir en paz y armonía". Para enfrentar a esa necesidad se bosquejaron cuatro líneas maestras de la política exterior de la metrópoli: Primera, apoyar con tesón a las Naciones Unidas y sus organismos. Segunda, continuar los programas de rehabilitación mundial, entre ellos, el de Recuperación Económica de Europa, y el de convenios de reciprocidad comercial. Tercera, fortalecer a las naciones amantes de la libertad contra los peligros de la agresión. Cuarta (de aquí proviene el nombre de "Punto Cuarto") contribuir al progreso de las regiones insuficientemente desarrolladas en el orden económico, proporcionándoles ayuda económica, y a base de cooperación, fomentar la inversión de capital en esas regiones ⁴¹. El Punto Cuarto, que fue el dogal puesto al cuello de la economía y política bolivianas, no trajo más novedad que llevar hasta su punto culminante el inevitable pillaje que importa la exportación de capitales del centro imperialista a la colonia. El Plan Truman, que hizo perder la cabeza a nuestros "nacionalistas" fue la expresión del gesto arrogante del imperialismo victorioso dispuesto a sacar el mayor provecho posible de su privilegiada posición a costa de la miseria de los países dependientes. Las garantías exigidas por los yanquis para la inversión de sus capitales y la imposición de trato preferencial para sus intereses, importaron la directa participación en la política interna y la subordinación de toda la actividad nacional a los intereses foráneos.

Cuando el jefe del Bloque en diputados denunció públicamente el carácter colonialista del programa Truman los elementos movimientistas se creyeron obligados, violando decisiones concretas de los últimos congresos mineros, a dejar establecido que no tenían el menor interés en la lucha anti-yanqui y que era deber del gobierno perseguir a los comunistas y no a ellos. Esta inconducta fue señalada por los marxistas como una verdadera traición y llevó al Bloque Minero al borde mismo de la escisión.

Los acontecimientos posteriores, la masacre de mayo de 1949 y la huelga general que siguió no permitieron que la lucha interna en el Bloque Minero se desarrollase normalmente. Es innegable que esa pugna se encaminaba velozmente hacia la ruptura, y tarde o temprano, se hubiese proyectado en el plano de la conquista del control de las bases obreras. Agudizada la represión gubernamental y cuando fue preciso colocarse a la cabeza de las masas amenazadas nuevamente con el asesinato colectivo, los parlamentarios extremistas se ubicaron en primera fila y naturalmente resultaron actuando como la dirección efectiva de la Federación de Mineros.

La agitación política y la inestabilidad del gobierno se vieron acentuadas por los trajines conspirativos del MNR. En ese entonces el PIR era ya un indiscutido partido de orden. En tales circunstancias, la osada actividad política y sindical de los principales miembros del Bloque Minero Parlamentario y, particularmente, la convulsión huelguística que siguió a la masacre de Siglo XX de 28 de mayo de 1949 ya no tenían cabida

41.- "Informe del Comité De Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos", La Paz, 1949.

en los límites de la menguada democracia boliviana. Había llegado la hora del aplastamiento del Bloque Minero, que se consumó contando con la complicidad de la mayoría parlamentaria e inclusive de ciertos "marxistas".

Los parlamentarios mineros, junto a connotados líderes del MNR, fueron criminalmente enjuiciados a fines de julio de 1949, contra quienes el Juez Instructor Primero en lo Penal de La Paz dictó auto cabeza de proceso. El 3 de agosto el Fiscal del Distrito, Belisario Illanes S., se dirigió al Ministro de Gobierno, Alfredo Mollinedo, para que tramitase la licencia y desafuero de los parlamentarios enjuiciados. Se les acusaba de ser autores de la agitación social y de la muerte de rehenes en Siglo XX. "La Cámara de Diputados no debe proteger la impunidad de los expresados delitos. Su obligación moral, legal, constitucional, es entregarlos a la justicia común para que los juzgue... La H. Cámara de diputados y el Senado tampoco pueden permitir con tanta impunidad que los agitadores profesionales... prostituyan la organización de los sindicatos obreros convirtiéndolos en partidos políticos de aviesa trayectoria y fomenten, como lo han venido haciendo, la lucha de clases, la apropiación de la riqueza pública y privada que pretenden consumir los autores de esos crímenes"⁴² Como se ve, se les atribuía casi todos los delitos catalogados en el Código Penal. El 16 de septiembre de 1949, la Cámara de Diputados, bajo la Presidencia de Julio Télles Reyes, procedió al licenciamiento de los "agitadores". Transcribimos la respectiva resolución.

"La H. Cámara de Diputados resuelve:

"Conceder licencia para el enjuiciamiento criminal de los diputados Guillermo Lora, Mario Tórres, Hernán Siles Zuazo, Mario Diez de Medina, Raúl Lema Peláez, Renán Castrillo, Edgar Núñez Vela, Rubén Julio, Alfredo Galindo y Luis Peláez Rioja, a objeto de que sean sometidos a la jurisdicción de los jueces competentes, quedando en suspenso en el ejercicio del mandato popular hasta tanto la justicia se pronuncie declarando su inocencia o culpabilidad".

42.- Comunicación del Ministerio de Gobierno, Justicia e Inmigración a la Cámara de Diputados. La Paz, 8 de agosto de 1949.